

HISTORIA JENERAL
DE CHILE

POR

BIBLIOTECA NACIONAL

COLLECTIO MEDINENSIS

DIEGO BARROS ARANA

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

TOMO XIII

SANTIAGO

RAFAEL JOVER, EDITOR

CALLE DE LA BANDERA, NÚM. 73

—
1894

PARTE NOVENA

ORGANIZACION DE LA REPUBLICA,
1820—1833

CAPÍTULO PRIMERO

CAMPAÑA DEL SUR; TRIUNFOS I DESASTRES DE LOS REALISTAS

(SETIEMBRE DE 1820—MAYO DE 1821)

1. Carácter alarmante que toma la guerra del sur; derrota de las fuerzas patriotas en Yumbel i en el Pangal.—2. Combate de Tarpellanca: horrible matanza que se siguió al triunfo de los realistas.—3. Freire se repliega a Talcahuano con todas sus fuerzas, i Benavídes ocupa a Concepcion considerándose dueño de toda la provincia.—4. Los patriotas abandonan a Chillan, que fué ocupada i saqueada por los montoneros enemigos: alarma producida en Santiago por la noticia de los desastres del sur: organizase una division bajo el mando del coronel Prieto.—5. Combates de las Vegas de Talcahuano i de la Alameda de Concepcion: los patriotas destrozan el ejército de Benavídes i recuperan la mayor parte de la provincia.—6. Los realistas sufren otro desastre a las orillas del Ñuble: los patriotas no aprovechan las ventajas de esa situacion, i se dejan engañar por las falsas proposiciones de paz que hace Benavídes.—7. Devastaciones perpetradas por los realistas en los pueblos de la alta frontera: avanzan sobre Chillan i son rechazados por la division del coronel Prieto: consigue este jefe tranquilizar esta parte de la provincia.—8. Infructuosa campaña del jeneral Freire al sur del Biobío.

1. Carácter alarmante que toma la guerra del sur: derrotas de las fuerzas patriotas en Yumbel i en el Pangal.
1. La salida de la expedicion libertadora del Perú, parecia marcar el principio de una nueva era en la vida política, civil e industrial de la naciente República de Chile. Así, al ménos, lo creyeron entónces el gobierno i el pueblo, persuadidos de que la independencia nacional quedaba definitivamente asentada, i de que iba a

llegar a su término aquel largo período de angustias i de sacrificios creados por la prolongacion de la guerra. Era creencia jeneral que ántes de muchos meses se formaria en Lima, bajo el amparo de las armas espedicionarias, un gobierno regular, i que contando éste con recursos públicos inmensamente superiores a los de Chile, podria sostener sin el menor inconveniente el ejército i la escuadra que llevaban a ese pais la libertad i la independencia. Desembarazado de esos gastos, Chile podria consagrar sus entradas a la satisfaccion de otras necesidades, al paso que la libertad comercial i la reapertura del tráfico con el Perú, debian aumentar sus recursos fiscales i desarrollar la riqueza pública. Estas esperanzas, que, sin embargo, habian de tardar algunos años en verse realizadas, mantenian la satisfaccion i el contento en e pueblo chileno.

Las fuerzas enemigas que quedaban en el sur de Chile, es decir, las bandas de Benavídes al otro lado del Biobío, i las tropas que defendian a Chiloé, no inspiraban serios temores. El director supremo creia que las operaciones activas que pensaba abrir en el verano próximo, producirian la pacificacion completa de la provincia de Concepcion, i el sometimiento de aquel archipiélago al dominio de la República. Vamos a ver cómo una serie de accidentes tan imprevistos como fatales vino a desvanecer esas ilusiones, a producir una profunda perturbacion, i hasta a comprometer la existencia de Chile como estado independiente. «Miéntras que V. E., escribia el ministro de la guerra al jeneral San Martín, surcando las aguas del Pacífico conducia el valiente ejército de su mando a las costas del Perú para derramar entre sus oprimidos moradores el nunca bien apreciado dón de la libertad, una guerra espantosa se preparaba en los confines del sur de esta República, sin otro objeto que consumir el esterminio de la hermosa provincia de Concepcion. Este imprevisto incidente sorprendió al pueblo i al gobierno, tanto mas cuanto que por las últimas noticias que se tenian de la frontera, se podia suponer a los enemigos en una estrema impotencia (1).»

Esa confianza, sin embargo, era el resultado del mal servicio de espionaje que mantenian los jefes patriotas. Al paso que Benavídes i sus

(1) Oficio del ministro de la guerra, don José Ignacio Zenteno, al jeneral San Martín. Santiago, 28 de noviembre de 1820. Es una relacion sumaria, pero perfectamente clara de los acontecimientos de la frontera en los dos meses anteriores, que vamos a utilizar en las páginas siguientes.

consejeros tenían al norte del Biobío agentes numerosos i seguros que les comunicaban cualquiera ocurrencia de que podían sacar ventajas las bandas realistas, Freire en Concepcion i Alcázar en los Ángeles, recibían de tarde en tarde informes de lo que pasaba al sur de ese río, i muchas veces esos informes eran maliciosos, preparados artificiosamente en el mismo campo enemigo, i destinados a producir la perturbacion i el engaño. A pesar de todo, a fines de junio el comandante don Juan de Dios Rivera, intendente interino de Concepcion, supo que el caudillo realista Pico habia regresado del Perú, trayendo algunos recursos para las tropas de Benavídes (2). El alborozo que produjo ese acontecimiento en Arauco i sus contornos, i las dilijencias que allí se hacían para enrolar jente i formar nuevos cuerpos, no podían ser tan secretos que no se tuviera alguna noticia de ellos en Concepcion; pero el enemigo se dió trazas para esparcir la noticia de que esos aprestos tenían por objeto preparar una espedicion destinada a recuperar la plaza de Valdivia, empresa difícil i casi irrealizable por la gran distancia i por las condiciones del territorio que aquella habria tenido que recorrer. En esos días, por otra parte, se presentó en la plaza de los Ángeles primero, i despues en Concepcion, don Agustin Aldea, orijinario de los Ángeles i hombre de cierta cultura intelectual, que andaba entre los realistas, i que venia ahora del campo enemigo dándose por agente de algunos oficiales superiores del ejército de Benavídes, que se ofrecían a abandonar el servicio de éste si se les aseguraban garantías para sus personas. El resultado de aquélla dilijencia, que seguramente era una simple intriga, fué el hacer creer a los jefes patriotas en el posible establecimiento de la tranquilidad en la frontera por los medios pacíficos, i el mantenerlos en cierto modo engañados sobre los planes i aprestos del enemigo (3).

(2) Oficio de Rivera al ministerio de la guerra, de 28 de junio de 1820. Véase el § 7, cap. XVIII de la parte anterior.

(3) Don Agustin Aldea era primo hermano del ministro de O'Higgins don José Antonio Rodríguez Aldea. Con la proteccion de éste, habia hecho en Lima algunos estudios de leyes; i al regresar a Chile en los primeros días de 1817, se vió, segun aseguraba mas tarde, contra sus sentimientos personales, forzado por sujestiones de su padre, a adherirse a la causa realista. Al lado de éste, siguió al territorio araucano la numerosa emigracion que acompañaba al coronel Sanchez en su retirada de principios de 1819, i quedó en el campo de Benavídes. Usando un pasaporte que le dió este caudillo, Aldea pasó a los Ángeles en julio de 1820 i de allí a Concepcion, a pretexto de que queria trasladarse a Santiago por el primer buque que saliese para Valparaíso. No puso, sin embargo, mucho empeño en realizar este viaje; i por el

Miéntras tanto, se hacia sentir una grande actividad militar en el campo de éste. En diversos puntos de las inmediaciones del Biobío se reunian empeñosamente maderas para construir balsas en que trasportar las tropas a la primera señal. El ejército realista, mucho mejor organizado, i tambien mejor equipado con las armas enviadas del Perú, llegó a contar cerca de mil setecientos hombres, divididos casi por mitad entre infantes i jinetes. Los frailes misioneros i los curas que servian de capellanes militares o de consejeros de Benavídes, escitaban el valor de esos soldados, por medio de pláticas relijiosas en que se les enseñaba que la causa del rei era tambien la causa de Dios. A principios de setiembre, se dieron misiones especiales en el campamento, en que los oficiales i la tropa se prepararon con la confesion i la comu-

contrario, se ofreció para regresar al campo enemigo a fin de desengañar a algunos de los comandantes i capitanes que servian bajo las órdenes de Benavídes, demostrándoles que la causa del rei estaba perdida para siempre. Aldea anunciaba que Bocardo i otros jefes realistas estaban deseosos de pasarse a los patriotas, i que para efectuarlo, esperaban solo que les prometieran que no serian molestados por su conducta anterior. Cuando se le dieron todas las seguridades necesarias a este respecto, Aldea volvió a juntarse a los realistas, i no se supo mas del resultado de la comision que se habia ofrecido a desempeñar. En la correspondencia cambiada en esos dias entre Freire i Alcázar, hai algunas noticias de estos hechos; pero existe ademas una esposicion de ellos que es útil para la historia, i de que vamos a dar noticia.

Don Agustin Aldea acompañó a Benavídes en toda la campaña de 1820, i cayó prisionero de los patriotas despues que éstos recuperaron a Concepcion. Remitido a Santiago, i amparado aquí por su primo el ministro Rodriguez, no solo obtuvo la libertad, sino que se le hizo figurar en la convencion constituyente de 1822 como representante de los Ángeles. Esta inesperada elevacion suscitó en contra suya una gran animadversion, i acarreo no poco desprestijio al gobierno. En 1823, despues de la caida de O'Higgins, cuando se hacian en diversas publicaciones las mas tremendas acusaciones a la administracion de éste i a su ministro Rodriguez, se habló tambien de Aldea en términos denigrantes, recordando sus antecedentes, reprochándole el haber servido en las bandas de Benavídes, i atribuyéndole el haber tomado parte principal en el incendio de poblaciones i en otras atrocidades. Aldea se creyó en el deber de defenderse, i publicó un opúsculo de 19 pájinas, titulado *La inocencia vindicada*, i escrito probablemente por Rodriguez. En él refiere con claridad los hechos que creia conducentes a su justificacion, i si bien ésta no queda perfectamente establecida, consigna noticias utilizables para la historia. Cuenta allí con detenimiento el incidente que recordamos en el testo; pero a pesar de su empeño, no deja en manera alguna demostrado que su viaje a los Ángeles i a Concepcion ántes de abrirse la campaña de 1820, no fuera una intriga preparada para engañar a los jefes patriotas, para descubrir el estado de las tropas i de los recursos de éstos, i para adormecerlos en la confianza de que el enemigo no se hallaba en situacion de emprender una campaña resuelta i eficaz.

nion para entrar en campaña. Pocos dias despues, las fuerzas de caballería, mandadas por Pico, se acercaban cautelosamente al Biobío, al mismo tiempo que partian numerosos emisarios para comunicar a los jefes de montoneras que operaban en la montaña de Chillan i en toda la rejion vecina al rio Itata, la órden de renovar las hostilidades con mayor empeño. Se queria llamar la atencion de los patriotas por todos lados a la vez, para facilitar las operaciones mas decisivas que iba a emprender el grueso del ejército realista.

La proyectada invasion se llevó a cabo con una regularidad que casi no debia esperarse de las condiciones de esas tropas, i produjo los mas tremendos resultados. El 18 de setiembre, pasaba Pico el Biobío por Monterrei, a la cabeza de unos cuatrocientos jinetes de su rejimiento de dragones, i de un reducido número de indios auxiliares. Sin encontrar resistencia de ninguna especie, i siguiendo su marcha al norte para ocupar la plaza de Yumbel, acampaba la tarde siguiente en el caserío de la hacienda de San Cristóbal. Nada esplica mejor el estado de despoblacion i de abandono en que se hallaban esos campos, que el hecho de que este movimiento quedara ignorado de los patriotas durante dos largos dias. En la mañana del 20 de setiembre, el comandante don Benjamin Viel, que saliendo de Chillan con su escuadron de granaderos a caballo, para reunirse en Rere con las fuerzas del comandante O'Carrol, habia pasado la noche anterior en Yumbel, se encontró casi de improviso, a corta distancia de este pueblo, con las avanzadas de Pico, i consiguió dispersarlas, apoderándose de una carga de equipaje, que contenia papeles mui importantes sobre los planes del enemigo. Pero su escuadron, atacado por fuerzas mui superiores en número, fué batido en poco rato, perdió algunos hombres i se vió forzado a retirarse a Rere en desórden i casi en completa dispersion. Como de costumbre, los realistas celebraron este triunfo fusilando a los prisioneros i a algunos de los habitantes de Yumbel. Viel i O'Carrol, cuyas fuerzas reunidas apénas pasaban de trescientos hombres, no podian hacer otra cosa que mantenerse a la defensiva, esperando los refuerzos pedidos a Concepcion.

Inmediatamente se hizo sentir una alarma indescriptible en toda la comarca. El coronel Freire, impuesto vagamente en la tarde del 20 de setiembre del desastre sufrido pocas horas ántes en Yumbel, conoció sin embargo por los papeles tomados al enemigo, la gravedad del peligro que amenazaba a la provincia entera. Tenia bajo su mando fuerzas suficientes para batir a Pico; i nada parecia mas práctico que marchar con ellas a rechazar la invasion, para poner a salvo la plaza de los

Ánjeles i toda la alta frontera de que queria adueñarse el enemigo. Esa operacion, sin embargo, podia crear mayores complicaciones i producir tal vez un desastre mas trascendental. Segun los informes recibidos, Benavides se mantenia al sur del Biobío con fuerzas relativamente considerables, i solo esperaba un momento propicio para atravesar este rio por Pileo i caer sobre Concepcion, de qué se habria apoderado fácilmente. En presencia de este peligro, Freire se limitó a tomar otras disposiciones mucho ménos eficaces, sin duda, pero que podian remediar de algun modo esa azarosa situacion. En la misma noche hizo partir al comandante don José María de la Cruz con ochenta i cuatro cazadores montados i con caballos de repuesto, para reforzar la columna de O'Carrol. La guarnicion de Hualqui, compuesta de cuarenta cazadores, de otros tantos infantes i de dos cañones, todo al mando del capitan don Luis Rios, marcharia tambien a reunirse a aquellas tropas. Freire creia que éstas bastaban para batir al enemigo; i como la plaza de los Ánjeles podia verse atacada por fuerzas a que no le seria dado resistir, despachó uno en pos de otro, dos propios al mariscal Alcázar, para recomendarle que, llegado ese caso, se replegase con todas sus tropas a Chillan, tratando de reunirse en su marcha con la columna de O'Carrol.

Estas disposiciones no eran precisamente desacordadas; pero por un conjunto fatal de accidentes, iban a producir una terrible catástrofe. La columna patriota reunida en Rere i sus contornos, llegó a contar en la mañana del 21 de setiembre cerca de quinientos hombres; pero tenia dos jefes de igual graduacion, O'Carrol i Viel; i como Freire hubiera olvidado resolver a cuál de ellos correspondia el mando, se originó entre ámbos una enojosa competencia, que si bien, por decision de los demas oficiales, se decidió en favor del primero, introdujo un lamentable desacuerdo en la direccion de las operaciones. Despues de dos días enteros de fatigosa marcha, en que era preciso arrastrar con bueyes los cañones que llevaba, la columna fué a acampar el 22 de setiembre, casi a media noche, a las orillas del pajonal del Manzano, al oriente de Yumbel, sin haber divisado al enemigo. Pico, sin embargo, se hallaba a esas horas acampado a corta distancia. Deseando evitar todo combate desventajoso, se habia dirigido hácia la montaña, por la banda norte del Laja, i a corta distancia de este rio, para facilitar la reunion de las bandas que Bocardo i otros cabecillas debian traer en su socorro. Desde la madrugada siguiente, 23 de setiembre, los dos cuerpos contendientes estuvieron a la vista, i la vanguardia de O'Carrol comenzó a tirotear al enemigo. Éste, sin embargo, siguió cautelosa-

mente su retirada hasta muy cerca del sitio denominado el Pangal. Allí se le reunieron unos trescientos hombres entre soldados fusileros e indios de lanza que llegaban en su auxilio, i desde ese momento, la superioridad numérica estaba de su parte.

Confiado en esta ventaja, Pico detuvo su marcha, formó sus tropas en una doble fila, i esperó el combate. La columna de O'Carrol lo aceptó también, acercándose al enemigo i tendiendo sus tropas en una larga línea, que por esto mismo no ofrecía una gran solidez. «A la distancia de media cuadra, dice un testigo presencial que servía en las filas patriotas, nuestra division hizo dos descargas de tercerola i de cañón.» Los enemigos las recibieron a pié firme; i aprovechando la humareda que envolvía a la línea contraria, cayeron sobre ella con un ímpetu irresistible, la rompieron en varios puntos e introdujeron una confusion espantosa. La resistencia se hizo imposible despues de ese primer ataque. Los infantes i los artilleros patriotas fueron envueltos fácilmente, i casi todos perecieron ensartados por las lanzas de los indios. En medio de aquel horrible desórden, algunos piquetes de tropa cedieron el campo, i empezaron a retirarse atropelladamente, dando oríjen a una dispersion casi jeneral. Los montoneros realistas, armados de lazos, atajaban a los dispersos, que eran sacrificados sin piedad. El comandante O'Carrol, que habia conservado su entereza en medio del desastre, i que se empeñaba en reunir los dispersos para seguir en la pelea, fué cojido por un lazo i llevado prisionero a la presencia de Pico, que hizo fusilarlo pocos momentos despues. Antes de media hora la columna patriota habia sido completamente destrozada, i los oficiales i soldados patriotas, que salvaron de la matanza en número de doscientos hombres escasos, corrian desordenados i dispersos unos a Chillan i otros a Yumbel i a Rere, dejando al enemigo dueño del campo i ensoberbecido con aquella victoria. La noticia de este desastre se estendió rápidamente en toda la comarca, i llegaba a Concepcion en la misma noche, haciendo presentir la gran catástrofe que amenazaba a toda la provincia (4).

(4) Freire recibió la noticia del desastre del Pangal a las doce de la noche del mismo día 23 de setiembre, por un parte dado por el teniente gobernador de Rere, don Gregorio José Tejada, que fujitivo del combate, habia llegado a ese pueblo a las cuatro de la tarde. Ese parte, aunque sumario i desordenado, constituye la relacion mas auténtica i razonada de aquel doloroso acontecimiento, si bien en ella no se habla del fusilamiento de O'Carrol i de otras circunstancias que Tejada no-presenció. Entre mis papeles i apuntes sobre aquella guerra, conservo dos rela-

2. Combate de Tarpellanca: horrible matanza que se siguió al triunfo de los realistas.

2. Benavídes, entre tanto, se preparaba para entrar en campaña con el resto de sus tropas. Impuesto por sus espías de que Freire permanecía en Concepción con la mayor parte de su ejército, aceleró sus marchas a fin de reunirse con Pico para adueñarse de toda la alta frontera, i el mismo día 23 de setiembre llegaba a las orillas del Biobío, en frente del sitio denominado Tanaguillin, donde se habian reunido las balsas i lanchas que tenia preparadas. Al saber allí el desastre de la caballería patriota, pasó el rio en la mañana siguiente; i el 25 de setiembre llegaba a la hacienda de San Cristóbal, donde se había situado la columna de vanguardia despues de sus reciente victoria. El ejército realista llegó a contar cerca de dos mil cuatrocientos hombres entre tropas ordenadas, montoneros e indios auxiliares. En medio de las efusiones de júbilo que esos sucesos producian en todos los ánimos, haciéndoles esperar la próxima restauracion de la provincia entera de Concepcion, Benavídes, usando de los poderes que le habia conferido el virrei del Perú, confirió algunos ascensos i elevó a Pico al rango de teniente coronel del ejército del rei. Allí mismo se continuaron con todo vigor las operaciones militares, para caer sin tardanza sobre la plaza de los Ángeles, que no podia oponer una larga resistencia.

El mariscal Alcázar, comandante en jefe de toda el alta frontera, se hallaba, en efecto, en una situación que podia considerarse desesperada: En los Ángeles no tenia mas fuerzas que el batallon de cazadores de Coquimbo con 330 hombres, cuarenta o cincuenta artilleros i cien o doscientos indios de Angol i de Santa Fe que servian de auxiliares. Esas fuerzas, incapaces de batirse con el ejército enemigo, habrian podido tal vez resistirle algunos dias dentro de la plaza, miéntras les llegaban socorros. Pero las órdenes de Freire de que hemos hablado ántes, vinieron a imprimir otro rumbo a las operaciones, i a precipitar, contra toda prevision, un terrible desastre (5).

ciones orijinales escritas en 1857 por los jenerales don José María de la Cruz i don Benjamin Viel, que asistieron a aquel combate en el rango de jefes de escuadron. Aunque hai entre ámbas contradicciones en algunos accidentes i pormenores, que revelan fragilidad en los recuerdos, me han sido útiles para estudiar i esclarecer estos hechos.

(5) Cuando don Claudio Gay recojia dilijentemente documentos i noticias tradicionales para escribir su *Historia política de Chile*, se le contó en los Ángeles que la orden que Alcázar recibió de evacuar de esa plaza, no habia sido dada por Freire, sino que era una finjida comunicacion de ese jeneral, falsificada en el campamento de Benavi-

Convencido de que por su reducido número i por la escasez de sus recursos, la guarnicion de los Ángeles no podia resistir a un sitio regularmente sostenido, Freire mandaba que ésta se retirase a Chillan. Aquella orden habia sido dada ántes que ocurriese el último desastre de la caballería patriota, i cuando se creia que ésta, en cumplimiento de su encargo, debia reunirse a las fuerzas de Alcázar i acilitar esa retirada. La comunicacion de Freire, sin embargo, llegó a los Ángeles el 24 de setiembre; i como allí no se tuviera noticia alguna de los últimos acontecimientos, Alcázar, con acuerdo del mayor número de los oficiales que servian a sus órdenes, dispuso los aprestos de marcha. Una angustia terrible se apoderó de aquella desgraciada poblacion. Despues de cerca de dos años de guerra implacable, de privaciones i de miserias, se veia amenazada por la rapacidad i por la saña de un enemigo que marcaba su camino con el degüello, el saqueo i el incendio. Todas las familias que se habian mostrado afectas a la causa de la patria, se prepararon para seguir a las tropas, llevando consigo los objetos que creian poder salvar. Solo se hallaron seis carretas disponibles para cargar los enfermos i los bagajes militares. Faltaban bestias de carga i eran mui escasos los caballos; pero nada podia detener aquella dolorosa emigracion, producida por el terror que inspiraba la ferocidad de los montoneros realistas i de los indios.

En la mañana del 25 de setiembre se rompió la marcha. Las tropas, en número mui reducido, como ya dijimos, iban rodeadas de mas de mil paisanos de diversas condiciones, hombres i mujeres, viejos i niños, que caminaban a pié, i seguidos de una columna de indios auxiliares. Alcázar, con la esperanza sin duda de reunirse a la columna de O'Carrol, que suponía en Yumbel, o tal vez de acercarse algo mas a Concepcion para encontrar las tropas de la division de Freire, se dirijia a las orillas

des; i que todos los oficiales, con escepcion del comandante don Gaspar Ruiz, que manifestó alguna sospecha, se dejaron engañar por esa falsificacion de firmas. Gay aceptó esta tradicion en su libro (tomo VI, p. 411), i ha sido repetida por don Benjamin Vicuña Mackenna en *La guerra a muerte*, p. 198. Sin embargo, esa tradicion es completamente desautorizada. El mismo Freire, en una comunicacion al director supremo de 30 de setiembre, le decía que al saber los primeros contrastes ocurridos en el alta frontera, habia despachado dos órdenes a Alcázar para que evacuase la plaza de los Ángeles i se retirase a Chillan. El ministro Zenteno, en la importante relacion de esos acontecimientos trasmitida a San Martin, que hemos citado al principio de este capítulo, confirma el mismo hecho. Ademas de esto, el comandante Cruz, en la relacion recordada en la nota anterior, dice que despues del desastre del Pangal, envió a Alcázar una comunicacion en el mismo sentido.

del río Laja para cruzarlo por el paso de Tarpellanca. A pesar de los sufrimientos impuestos por el cansancio i por la escasez de provisiones, la marcha fué relativamente feliz el primer día. Por ninguna parte se encontraba vestijio alguno de la presencia o proximidad del enemigo. En las primeras horas de la mañana del 26 de setiembre, aquella columna estuvo a la vista de Tarpellanca. El río se ensancha allí dividiendo sus aguas en dos ramas, en medio de las cuales existe una isleta. Las tropas de Alcázar, i la turba de jente que las seguian, habian pasadó el primer brazo del río, i se preparaban a pasar el segundo, cuando vieron llegar i estenderse en grupos en la ribera del norte todo el ejército de Benavídes. Impuesto éste en esa misma mañana del movimiento de Alcázar, habia acudido presuroso a cerrarle el paso, seguro de obtener una victoria inevitable en un combate en campo abierto.

Vista la abrumadora desproporcion numérica que habia entre las fuerzas que estaban una enfrente de otra, parecia insensato todo proyecto de resistencia de parte de los patriotas. En la isleta que éstos ocupaban, no podian ser atacados por la caballería enemiga, lo que ya era una ventaja; pero sus municiones i sus víveres eran escasos, i su falta debia reducirlos a una situacion desesperada si se veian bloqueados durante algunos días. El viejo mariscal Alcázar, sin embargo, con una resolucion i una actividad dignas de sus mejores años, se preparó para el combate. Con los bagajes i las monturas de sus jinetes, formó parapetos provisorios para los fusileros. Hombres i mujeres mostraron desde el primer momento una decision heroica. «Serian las dos de la tarde cuando comenzó el fuego, dice un oficial que servia en el rango de subteniente en el ejército realista, tan bien dirigido de parte de los soldados de Alcázar que a pesar de que tenian que resistir a mas de dos mil seiscientos de esceso, no fué posible romperlos en toda aquella tarde. Llegada la noche, se retiró mi cuerpo al mando del comandante Bocardó, por la orilla del río hácia arriba, tomando una situacion como cuadra i media distante de la posicion de Alcázar, i Benavídes tomó las medidas de repartir la demas jente en los puntos que juzgó convenientes para que el jeneral Alcázar no se salvase, auxiliado por la oscuridad (6).» El combate debia continuarse el día siguiente.

Peró las municiones de los patriotas estaban para agotarse; i la evidencia de la inutilidad de esa lucha que debia llevarlos a un desastre inevitable, habia introducido el desaliento en algunos corazones. Antes de comenzar el combate, el comandante don Isaac Thompson se habia

(6) Aldea, *La inocencia vindicada*, páj. 13.

separado de su cuerpo, i siguiendo en su caballo por las orillas del río en el sentido de su corriente, se habia dirigido a Concepcion. Un vecino de los Ángeles llamado don José Antonio Pando, que seguia a las tropas de Alcázar, temiendo los horrores que habian de seguirse a la victoria de Benavídes, pasó en la noche al campo de éste, le dió a conocer la desesperada situacion de los patriotas, i le demostró que Alcázar no podia negarse a deponer las armas si se le ofrecia una capitulacion razonable. El caudillo realista aceptó este partido, i en la misma noche despachó a uno de sus oficiales de mas confianza, el comandante de milicias don Felipe Díaz de Lavandero, en desempeño de aquel delicado encargo. No fué necesaria una larga discusion para arribar a un convenio, cuyos términos no nos son conocidos sino por el testimonio de los contemporáneos, porque si se levantó una acta de la capitulacion, ella debió ser destruida por Benavídes para ocultar una criminal perfidia. «Supe de buen orijen, dice el oficial realista mas arriba citado, que el jeneral Alcázar ofreció entregarse bajo las condiciones siguientes: que a él se le daria pasaporte para Santiago, permitiéndole traer su equipaje; que sus oficiales quedarian prisioneros de guerra; que los soldados serian agregados a las filas de Benavídes; i que a las familias i a los indios que venian al amparo de las armas patriotas, se les otorgarian las vidas i se respetarian sus intereses, todo lo cual prometió Benavídes respetar religiosamente (7).» Refirióse entónces que el comandante don Gaspar Ruiz, segundo de Alcázar en el mando de esa columna, resistió cuanto pudo que se celebrase cualquiera capitulacion, sosteniendo con profundo convencimiento que ella seria violada por el enemigo; que propuso abrirse paso a filo de espada por sobre las tropas de éste, i que Alcázar rechazó ese plan, nó por el peligro que envolvia su realizacion, sino porque previó la segura inmolucion de la numerosa turba de jente, de hombres, de mujeres i de niños, que acompañaba a sus tropas.

En la mañana siguiente (27 de setiembre), se efectuó el desarme de los oficiales patriotas i la incorporacion de los soldados al ejército realista. Ejecutábase todo esto con gran regularidad, en medio del contento de los vencedores i de una profunda tristeza de los vencidos. Nada, sin embargo, dejaba sospechar en los primeros momentos que la capitulacion seria violada; «mas bien pronto comenzaron a experimentar aquellos infelices el error que habian cometido; pero despertaron

(7) Aldea, *La inocencia vindicada*, p. 14.—Es posible que estas bases de capitulacion no fuesen literalmente las mismas que se estipularon; pero todos los testimonios contemporáneos estan de acuerdo en que ese era su espíritu.

de su engaño cuando ya era demasiado tarde. Los indios de Benavides comenzaron luego a manifestar su ferocidad haciendo perecer al rigor de sus lanzas a los de Santa Fe i Angol. Las familias fueron saqueadas, dejándolas en el estado mas lamentable (8). El mismo dia, trasladó Benavides su campamento a San Cristóbal, llevando consigo todos los prisioneros; i despues de una noche de descanso, los hizo partir el 28 de setiembre con una numerosa escolta de soldados i de indios, a pretexto de conducirlos al cuartel jeneral de Arauco. Hizo en seguida «juntar paisanos que tenian algun compromiso, dice el oficial realista ántes citado, i allí cerca de la casa en que estaba alojado, los hizo desaparecer. Esto lo estuve yo presenciando sentado sobre mi montura, aunque no vi ni supe que los habian reunido para este efecto.»

Esta matanza no era mas que una parte de los horrores que se siguieron a la victoria de los realistas. Esa misma mañana del 28 de setiembre, todos los prisioneros que habian sido alejados del campamento haciéndoles entender que se les enviaba a Arauco, fueron detenidos en las cercanías de Yumbel, i sacrificados inhumanamente a bala i lanza por la escolta que los custodiaba. Perecieron de esta manera el jeneral Alcázar, el comandante Ruiz, diez i siete oficiales del batallon de cazadores de Coquimbo i cuatro o cinco capitanes de milicias (9). Contóse entónces que los asesinos habian usado particular crueldad con Alcázar i con Ruiz, cuya edad avanzada debió inspirar alguna compasion. Se les obligó a presenciar la muerte de sus compañeros, i atándolos en seguida sobre sus respectivos caballos, se les entregó a las burlas i ultrajes de los indios, que despues de atormentarlos largo rato, los acribillaron a lanzadas. «Me vi precisado a mandar pasar por las armas dichos oficiales, decia Benavides refiriendo estos hechos, por no tener un punto en que asegurarlos, i hallarse a la vista de su misma tropa, de quien te-

(8) Aldea, lugar citado.

(9) Los oficiales del batallon de Coquimbo sacrificados de esta manera, fueron los capitanes don Rudesindo Flores (M.), don Mariano Reides (M.), don José Silvestre Aros (M.), don José Miguel Gomez, ayudante don José Tomas Uribe (M), tenientes don Francisco Darac (M.), don Santiago Rios i Canto (M.), don Manuel Rios i Canto (M.), don Juan José Caballero (M.), don Domingo Orrego, don Ángel Melo, don Nicolas Benavides, subtenientes don Pablo Villanueva, don Pascual Rios, don Juan José Figueroa, don Pascual Cantuarias, abanderados don Fernando Romero i don José Dolores Ramirez. Aquellos que llevan una (M.) despues de su apellido, servian en este cuerpo desde 1817, i llevaban la medalla concedida a los vencedores de Maipo. Los demas se habian incorporado en este cuerpo despues de esa batalla.

mía con fundamento una sublevacion que trastornase mis proyectos estando todavía en un movimiento continuo para atacar las partidas enemigas que se iban reuniendo en varios puntos; agregándose a todas estas circunstancias el que entre los oficiales prisioneros se hallaban los coroneles Andres Alcázar (era jeneral a la sazón) i Gaspar Ruiz (era sarjento mayor), quienes habian sido capitanes por el rei, i habian tomado partido con los enemigos, i eran los principales revolucionarios de la provincia (10).» Benavides daba todavía otras dos razones para justificar su conducta respecto de los prisioneros de Tarpellanca: la necesidad de satisfacer las exigencias de los indios auxiliares que pedian la cabeza de aquellos dos jefes, i la no ménos imperiosa de responder por tales actos a la declaracion de guerra a muerte que habia hecho el enemigo. Aquel desalmado, que dirigia esas empresas de horrores i de devastacion, que en ningun caso podian llevar al triunfo efectivo de las armas del rei; que habia iniciado la lucha matando a un parlamentario i a los que lo acompañaban, i que ahora violaba una capitulacion decretando nuevas i mas horribles matanzas, no tiene justificacion posible, como no la tienen los hombres perversos que le servian de consejeros.

3. Freire se replega a Talcahuano con todas sus fuerzas, i Benavides ocupa a Concepcion considerándose dueño de toda la provincia.

3. El intendente Freire pasaba en Concepcion dias de la mas terrible ansiedad. Habia creido al principio que la columna de caballería puesta bajo las órdenes de O'Carrol, bastaba para contener la invasion del enemigo; que ella lograría reunirse con las fuerzas que Alcázar sacase de los Ángeles, i que en el peor

de los casos, todas las tropas que defendian la alta frontera, se reconcentrarian en Chillan. En la noche del 23 de setiembre tuvo noticia del desastre del Pangal, ocurrido esa misma mañana, i desde entónces fué mayor su inquietud. Previendo desde luego la suerte que esperaba a la guarnicion de los Ángeles, Freire creyó que toda la provincia de su mando estaba en inminente peligro de caer en manos del enemigo; i el 26 de setiembre, dando cuenta de estas ocurrencias al director supremo en carta confidencial, le pedia que sin tardanza reuniera todas las tropas que se hallaban en la capital, que se pusiera a la cabeza de ellas, i que acudiera a la línea del Maule, a donde él mismo pensaba replegarse. En esa misma comunicacion pedia empeñosamente que se enviaran algunos buques a Talcahuano para recojer las familias que

(10) Oficio de Benavides al virrei del Perú, escrito en Concepcion el 12 de noviembre de 1820.

podían ser objeto de la saña del enemigo, así que éste se adueñase de la provincia, lo que juzgaba casi inevitable.

Las fuerzas que tenía Freire en Concepción, montaban a poco más de 700 hombres, divididos en dos cuerpos de línea (los batallones 1 i 3), otro de milicianos, i 65 artilleros. Allí se le reunieron los comandantes Cruz i Viel con las escasas fuerzas de caballería salvadas del desastre del Pangal (92 cazadores, 48 dragones i 11 granaderos); i si bien tenía bajo sus órdenes algunos milicianos de la misma arma, éstos comenzaban a dispersarse i no podían inspirar mucha confianza. Careciendo casi completamente de noticias sobre los movimientos del enemigo, por el mal servicio de espionaje, i confundido por los recientes desastres, Freire conservaba, sin embargo, la energía heroica que era el distintivo de su carácter militar. Desprendiéndose de una parte de su caballería, dispuso el 27 de setiembre que el comandante Viel marchase con ella a Quirihue, i que reuniese allí las milicias provinciales para acudir a la defensa de Chillán. Decretada el mismo día la evacuación de la ciudad, las tropas que la guarnecían i las familias comprometidas por la causa de la patria comenzaron a replegarse a Talcahuano. Las dolorosas escenas de que había sido teatro Concepción en las frecuentes emigraciones de sus pobladores desde 1817, se repitieron ahora con mayor intensidad. La fama siniestra que precedía a las feroces bandas de Benavides, hacia temer con fundamento que el paso de éstas sería señalado en todas partes por el saqueo, el incendio i el degüello.

Dos largos días se pasaron en medio de la desconsoladora confusión, sin tener noticia alguna positiva de la situación del enemigo. El comandante don José María de la Cruz, que a la cabeza de un piquete de cazadores se había adelantado hacia Hualqui, avisó en la noche del 28 de setiembre que las tropas realistas, dueñas al parecer de Yumbel i de Rere, habían adelantado partidas hasta Gomero, como si quisieran acercarse a Concepción. Freire se resolvió a salirles al encuentro con un batallón de infantería, con dos cañones i con los cazadores de caballería que le quedaban; pero cuando se disponía a emprender la marcha en la mañana del 29 de setiembre, llegaba a Concepción el comandante don Isaac Thompson, i comunicaba las más terribles noticias. Como se recordará, este jefe se había separado de su cuerpo en Tarpellanca, antes de iniciarse el funesto combate que dejamos referido. Caminando solo de noche, ocultándose durante el día en los bosques de las quebradas, i sufriendo el hambre i toda clase de privaciones, había logrado sustraerse a toda persecución. Re-

fería que el combate entre las fuerzas de Alcázar i las de Benavides, se habia empeñado el 26 de setiembre a eso de medio día; que él habia sentido las descargas hasta entrada la noche, i que si bien no conocia su resultado, estaba persuadido, vista la gran desigualdad numérica, de que éste habia sido desfavorable a los patriotas. Para esplicar su presencia en Concepcion, Thompson contaba que ántes de iniciarse el combate habia sido cortado por fuerzas enemigas, i que no pudiendo reunirse a los suyos, se habia visto forzado a tomar la fuga. Estos informes, aunque incompletos, dejaban ver que la division de Alcázar debia considerarse perdida, i que era inútil el movimiento que Freire iba a emprender. Reprochando duramente su conducta al comandante Thompson, hizo ponerle una barra de grillos i mandó someterlo a juicio.

Estas noticias fueron un apremio para acelerar la concentracion de las fuerzas patriotas en Talcahuano. Esta plaza, suficientemente fortificada por Ordoñez en 1817, en que se defendió ventajosamente casi un año entero, habia sido en gran parte desmantelada por el jeneral Osorio cuando se embarcó para el Perú en setiembre de 1818. Recuperada por los patriotas el año siguiente, iniciaron éstos algunos trabajos de reparacion por el lado del mar para defenderse contra las fuerzas navales que habian salido de España; pero esas obras, que no habrían servido para la defensa por el lado de tierra, fueron luego abandonadas. El intendente Freire, eficazmente ayudado ahora por el teniente coronel don Pedro Barnachea i por el sarjento mayor don Ramon Picarte, i haciendo trabajar a sus soldados i a la mayor parte de la jente que se habia retirado de Concepcion, incluso los niños i las mujeres, consiguió abrir de nuevo en casi todo su largo los ísos que se estendian entre San Vicente i Talcahuano; colocó detras de ellos doce reductos provisorios defendidos por catorce cañones, i armó una lancha cañonera para la defensa de la bahía. El 30 de octubre, cuando estas obras estaban mui avanzadas, la ciudad de Concepcion, cuyos habitantes habian comenzado a salir desde cuatro días atras, quedó definitivamente abandonada i casi desierta.

Pero si estos esfuerzos ponian a Talcahuano en un regular estado de defensa, la situacion de la tropa que lo guarnecia, i de la numerosa emigracion que se habia acojido a la plaza, se hacia sumamente penosa. Las municiones i los víveres eran bastante escasos, del todo insuficientes para soportar un largo sitio. Freire creía que solo de Santiago podia recibir los socorros que le eran indispensables; i en las comunicaciones que, venciendo incalculables dificultades, pudo hacer llegar a la

capital, pedia nuevamente i con mayor empeño, al director supremo que con todas las tropas que le fuera posible reunir acudiera a la defensa de la provincia de Concepcion, i que por mar enviase a Talcahuano las provisiones de boca i de guerra que se necesitaban para la conservacion de esta plaza. Para dar una idea mas cabal de su situacion, i para acelerar el envío de los socorros que pedia, dispuso ademas Freire que el asesor letrado de la intendencia don José Gabriel Palma i el alcalde de Concepcion don Pedro Zañartu, se trasladaran a Valparaiso, aprovechando para ello un buquecillo mercante que le habia llevado algunos víveres (11).

Miéntras tanto, Benavídes habia continuado acercándose a Concepcion con una regularidad que casi no podia esperarse de las condiciones de sus tropas. Sus partidas de avanzada, ante las cuales se retiraban ordenadamente las pocas fuerzas de caballería del comandante Cruz, llegaron a los contornos de la ciudad el 1.º de octubre casi sin encontrar resistencia. Los campos de las inmediaciones estaban desiertos, i en Concepcion no quedaban mas que las familias afectas a la causa del rei, sin compromisos de ningún jénero, i en su mayor parte de condicion modesta. El 2 de octubre entraba Benavídes a la ciudad, a la cabeza de sus tropas; ocupaba la casa de gobierno, i ademas del título de comandante en jefe del ejército del rei, se daba el de intendente de la provincia. Observando las apariencias de una gran moderacion en el ejercicio del mando, parecia empeñado en impedir violencias i en castigar severamente el robo i todo desórden. Dos bandos publicados por pregon en los dias 4 i 12 de octubre, establecian la línea de conducta que se decia dispuesto a seguir. Por el primero de ellos, ofrecia en nombre del rei indulto jeneral a toda persona de cualquier sexo o condicion, aunque «hubiera cometido los mas graves crímenes», que se presentase en el término de tres dias; declaraba que

(11) Freire tenia resuelto el envío de estos comisionados desde los últimos dias de setiembre, i al efecto habia hecho preparar una lancha en que aquéllos habrian debido trasladarse al puerto de Nueva Bilbao (hoi Constitucion), para seguir por tierra su viaje a Santiago. En esas circunstancias, llegó a Talcahuano el bergantín *San Pedro*, pequeño barco de comercio que el gobierno habia enviado con algunas provisiones para las tropas del sur. En este buque se embarcaron Zañartu i Palma el 11 de octubre, i tres dias despues llegaban a Valparaiso. En el mismo buque fué enviado en calidad de preso el comandante don Isaac Thompson, para que se le siguiera en la capital la causa a que Freire lo habia sometido. Absuelto poco despues de toda culpa, Thompson pasó a servir el cargo de ayudante de la comandancia de armas de Santiago.

todo habitante de la ciudad o de la provincia que se hubiera ausentado, podia regresar a sus hogares sin que se le siguiera perjuicio alguno; exijia la entrega de las armas que se hallasen en poder de particulares i de los bienes de propiedad de algun insurgente; i ofrecia una gratificacion al que los descubriese, i la libertad a los esclavos que facilitasen esa recaudacion, conminando con la pena de muerte a los que no cumpliesen esta orden. Por el segundo conminaba con «graves penas a su arbitrio» a cualquiera persona que de palabra o de obra insultase a los individuos que anteriormente se hubiesen sometido al gobierno de los independientes, prohibia de la manera mas terminante las proras de animales, los embargos de bienes i las demas violencias a que solian acudir los malhechores que se denominaban agentes de la autoridad; i ofrecia pasaporte franco a todo el que por relaciones de familia o por adhesion al enemigo, quisiese salir de la provincia.

Conocidos el carácter impreso a la guerra del sur, i los instintos feroces de Benavides i de sus secuaces, aquellas disposiciones no podian tomarse a lo serio. En efecto, si bien dictó éste vigorosas medidas para impedir los robos con una gran severidad, i si hizo fusilar algunos soldados por ciertos desórdenes, sus jefes de partidas siguieron cometiendo las mayores depredaciones. El pueblo de los Ángeles, ocupado por los realistas despues de la derrota de Alcázar, fué teatro de atroces depredaciones, asesinatos, violaciones, raptos de niños para llevarlos en cautiverio, i un saqueo jeneral de las habitaciones. Algunos individuos pacíficos que, fiados en las promesas de los bandos aludidos, pretendieron salir de la provincia, fueron víctimas de los peores tratamientos. La intranquilidad i la perturbacion en las pequeñas poblaciones i en los campos vecinos al Biobío, mantenian en la situacion mas aflictiva a los pocos moradores que no habian podido abandonarlos.

Benavides habia organizado en Concepcion una apariencia de gobierno regular. Su afan principal era engrosar su ejército, esperando ponerlo en estado de reconquistar todo el territorio de Chile. Así, mientras sus bandas de montoneros se batian en la línea del Ñuble i del Itata, segun contaremos mas adelante, los cuerpos regulares establecidos en Concepcion, recibian nueva recluta. Benavides, ademas, organizó allí un nuevo cuerpo de infantería que llamó batallon de la Concordia, en recuerdo del que habia creado Abascal en Lima en los primeros dias de la revolucion. Segun los cuadros de su estado mayor, evidentemente exajerados, llegó a contar 1,751 hombres de tropas regulares, i 2,800 milicianos, en su mayor parte montoneros desprovistos de toda disciplina militar, pero auxiliares eficaces en aquella

guerra de esterminio i de desolacion (12). Aunque en realidad las fuerzas efectivas de que disponia no alcanzaban a la mitad de ese número, pudo emprender con ellas operaciones mas decisivas, aprovechándose de la perturbacion de los patriotas despues de sus recientes desastres, i de la escasez de tropas i de recursos en que habia quedado Chile con la partida de la expedicion libertadora del Perú. Sin atreverse siquiera a intentar un ataque formal a Talcahuano, se limitó a colocar partidas en los contornos de esta plaza, para impedir que sus defensores pudieran comunicarse con el interior o recibir socorros i refuerzos. Benavídes suponía a Freire escaso de recursos, de municiones i de víveres, i estaba persuadido de que ántes de mucho tiempo tendria que rendirse o que emprender la fuga por mar. Habiendo creído hallar medio de comunicarse con el virrei del Perú, escribió dos comunicaciones a éste para darle enfáticamente cuenta de sus triunfos, i para pedirle los auxilios que creia necesarios para consumir la reconquista de Chile. «Ahora que tengo la gloria, decía, de haber creado a

(12) El 12 de octubre de 1820 arribó a la isla de Santa María la fragata inglesa *President*, con algunos socorros para Benavídes i con el propósito de cargar trigo en la costa de Chile. El jefe realista, recurriendo al sistema de esparcir noticias falsas para alentar a sus soldados i confundir al enemigo, mandó hacer salvas de artillería en Concepcion, anunciando que esa nave era la primera de tres que le traían considerables auxilios de tropas i armas enviadas por el virrei del Perú. Creyendo poder disponer de ese buque, dispuso que su capitán Coffin partiera para el Perú llevando comunicaciones dirigidas al virrei en que le daba cuenta de los últimos accidentes de la guerra, i le pedía algunos refuerzos de tropas para consumir la reconquista de Chile. Coffin se hizo a la vela a mediados de noviembre; pero se dirijió a Inglaterra, donde dió cuenta de los hechos referidos. Don Antonio José de Irisarri, ajente de Chile en Lóndres, tomó copia de la correspondencia de Benavídes al virrei del Perú i de los documentos que la acompañaban. Entre éstos se hallaba un estado de la fuerza del ejército realista, firmado por Pico. Tiene la fecha de Concepcion a 12 de noviembre de 1820, i da las cifras siguientes:

Real cuerpo de artillería	46	hombres
Rejimiento de infantería montada	905	"
Id. de dragones de nueva creacion	800	"
Doce escuadrones de milicia disciplinadas (montoneros)	2,400	"
Batallon de la Concordia de Concepcion	400	"
Total	4,551	hombres

En realidad, el ejército de Benavídes no pasó nunca de dos mil o dos mil doscientos hombres, de los cuales 1,500 eran de tropas regularmente regladas, i los demas montoneros.

costa de mis fatigas un pié de ejército respetable con el cual me he posesionado de la provincia, debo aspirar a empresas mas grandes, i estender en todo este hemisferio el progreso de las armas del soberano. Por lo mismo, me atrevo a repetir a V. E. me ausilie con un rejimiento de infantería de los que existen en esa capital (Lima), i con él i la bizarra division de caballería que tengo, aseguro a V. E., con mi propia sangre, que me apodero sin ninguna duda de la capital de Santiago i de todo el reino, respondiéndolo con mi garganta, que la ofrezco gustoso si no lo verificare dentro de un breve término (13)."

Pero si Benavides no se atrevia a acometer empresas mas decisivas i si creia que para ello necesitaba mayores elementos, estaba perfectamente persuadido de que la ocupacion de la provincia de Concepcion por las armas realistas, era un hecho consumado i definitivo, i que los independientes no tenian fuerzas para disputársela. Habia creado una junta de secuestros, i por medio de ella disponia de las propiedades de los enemigos para gratificar a los mas ardorosos de sus servidores (14). Imponia contribuciones i empréstitos forzosos, exijiendo, a falta de dinero, plata de chafalonía, a razon de siete pesos por marco. Recojió los aguardientes i vinos que se hallaban en poder de particulares, para venderlos por cuenta de la tesorería de la provincia como especies estancadas. Hizo recojer igualmente todo el fierro i todo el plomo que se hallase en la ciudad para convertirlos en moharras de lanzas i en balas de fusil. Pero por el estado de lastimosa pobreza en que se hallaba

(13) Oficio de Benavides al virrei del Perú, Concepcion, 12 de noviembre de 1820.

(14) La junta de secuestros era compuesta de don Juan Antonio Rodriguez, el padre franciscano frai Isidro Vasquez (se firmaba Basquez) i don Pedro Ferrer, cuñado de Benavides. El documento siguiente que orjinal tenemos a la vista, da idea de los procedimientos de aquella junta.

"Con fecha 15 del corriente nos pasa un decreto el señor comandante jeneral del ejército en que se nos ordena mandemos poner en posesion de la estancia del prófugo insurjente José María Vasquez i cuanto a ella pertenezca, al señor coronel primer comandante del rejimiento de infantería montada i jefe de la vanguardia del ejército real, don Vicente Antonio Bocardo, declarándola a favor de este señor para de algun modo resarcir los graves perjuicios que Vasquez irrogó en los bienes del espresado coronel. I para dar cumplimiento al superior decreto, hará V. que pase un juez competente i ponga en posesion de la referida estancia a don Agustin Riquelme, que es el mozo que he mandado para que la reciba en su nombre, dejando la nominada estancia escluida de los embargos a favor de secuestros, por no pertenecer ya a éstos.—Dios guarde etc. Concepcion, 25 de noviembre de 1820. *Juan Antonio Rodriguez—Frai Isidro Basquez—Pedro Ferrer*—Señor subdelegado del partido de Rere, don Narciso Larenas."

la provincia, toda la actividad desplegada por Benavides no bastó para procurarle los recursos pecuniarios que exijia i que necesitaba. Sus tropas no recibian sueldo alguno i tenian que vivir del merodeo. Solo a los soldados del batallon de cazadores de Coquimbo se les pagaba una pequeña gratificacion para mantenerlos contentos.

4. *Los patriotas abandonan Chillan, que fué ocupada i saqueada por los montoneros enemigos: alarma producida en Santiago por la noticia de los desastres del sur: organizase una division bajo el mando del coronel Prieto.*

4. La noticia de las derrotas sufridas por las armas patriotas en las inmediaciones del Biobío, habia llegado gradualmente a los distritos del norte, produciendo en todas partes la turbacion i el terror. El valiente gobernador de Chillan don Pedro Ramon Arriagada, habia reunido con ánimo resuelto todas las fuerzas de que podia disponer para la defensa de este pueblo; pero cuando supo el desastre de Tarpellanca, comprendió que su situacion se hacia insostenible. Llamó apresuradamente en su auxilio al comandante Viel, que se hallaba en Quirihue. Obedeciendo éste las instrucciones que le habia dado el mariscal Freire, reunió apresuradamente los ochenta granaderos que estaban bajo sus órdenes, i las milicias de los distritos vecinos, i acudió a Chillan en los momentos en que por todas partes se hablaba de los inesperados triunfos de los realistas i de las atrocidades que éstos habian cometido. Inmediatamente comenzó a hacerse sentir la desercion entre los milicianos, i luego tomó tan alarmantes proporciones, que el 3 de octubre se hizo necesario abandonar a Chillan para replegarse al norte en busca de los auxilios que podian ir de Santiago. Viel creyó posible acuartelarse en San Carlos i defender los pasos del rio Ñuble, mientras Arriagada se adelantaba hácia el Maule en busca de auxiliares. Pero la situacion se hacia tambien insostenible en ese lugar por el gran número de milicianos que desertaba cada noche; i el 6 de octubre Viel se replegaba al Parral con las pocas fuerzas que tenia bajo sus órdenes.

Aquellos distritos quedaron a merced de los montoneros. En efecto, las bandas de Pincheira, bajando apresuradamente de la montaña, se apoderaron de Chillan i cometieron todo jénero de excesos, saqueos i asesinatos, sin hallar la menor resistencia. El caudillo Hermosilla se hizo en seguida dueño de San Carlos, i ejecutó allí las mismas depredaciones. Sin embargo, las fuerzas de que podian disponer eran escasas, i como no recibieran refuerzos de Benavides, ni se les reunieran nuevos auxiliares, la ocupacion de aquellos pueblos era completamente accidental. Mientras tanto, Viel i Arriagada habian reunido alguna jente en el Parral, i estaban en actitud de rechazar cualquier

ataque de los montoneros. El segundo de ellos, con la entereza que siempre habia mostrado en esas campañas, tomó la ofensiva sobre el enemigo, i a la cabeza de ciento cincuenta hombres recuperó, a mediados de octubre, los pueblos de San Carlos i de Chillan, que Pincheira i Hermosilla abandonaron sin combatir, perdiendo en su fuga a la montaña, algunos rezagados i una buena parte del botin que habian cojido. A pesar de esta ventaja, los dos jefes patriotas comprendieron que con las escasas fuerzas que tenian, no podian pasar adelante, ni siquiera mantenerse en Chillan; i en consecuencia el 22 de octubre se replegaron a San Carlos. Allí alcanzaron a reunir 104 soldados regulares i 719 milicianos, fuerza suficiente para defender la línea del Ñuble contra las agresiones de las montoneras, pero inadecuada para tomar la ofensiva contra las tropas que Benavídes tenia en Concepcion i sus contornos (15).

Miéntas tanto, la inquietud i la alarma producidas por aquellos acontecimientos, habian llegado a Santiago. En el principio, cuando el gobierno tuvo la primera noticia del desastre del Pangal, explicado como un choque de caballería en que habian sido dispersadas las fuerzas patriotas, pero sin que se le diera cuenta de las pérdidas que éstas habian sufrido, se creyó solo que era aquel un accidente desgraciado que sin embargo no tendria grandes consecuencias. El ministro de la guerra, en oficio de 29 de setiembre, trató de calmar la inquietud que mostraba el jeneral Freire. Recordando en seguida la escasez de tropas que habia para guarnecer a Valparaiso i a Santiago, i el estado a que Chile se hallaba reducido despues de los sacrificios hechos para el despácho de la espedicion libertadora del Perú, se limitó a anunciarle que por tierra i por mar le enviaria un buen repuesto de municiones, ya que no era posible hacer partir nuevos cuerpos de tropas. Pocos días despues, llegaba a Santiago el parte en que el comandante Viel contaba el desastre de Tarpellanca, i la destruccion completa de la division de Alcázar, i entónces se conoció la gravedad extraordinaria de la situacion de los distritos del sur, i el peligro de que se viera amenazada por el enemigo la provincia de Santiago en la línea de Maule.

A pesar de la escasez de tropas i de recursos a que estaba reducido

(15) Estados de fuerza firmados por Viel en San Carlos el 2 i 23 de noviembre de 1820. La correspondencia oficial de Viel, de Arriagada i de los gobernadores de San Carlos, del Parral i de Linares, da a conocer estos sucesos con numerosos incidentes de escasa importancia, que hemos debido omitir.

el gobierno desplegó la actividad i la resolucion que el jeneral O'Higgins imponia a los negocios del estado en las circunstancias supremas. Su primer cuidado fué organizar una division que detuviese al enemigo en el caso que intentara avanzar hácia el norte. «Pensar en la creacion de este pequeño cuerpo de ejército, i hallarse éste en actitud de marchar a su destino, fué todo la obra de un mismo momento dice un notable documento de esos días, en que aquellos hechos estan referidos con toda claridad. Al instante se puso en camino una escuadron de la escolta directorial bajo las órdenes del sarjento mayor don José María Boil; se creó el segundo escuadron de dragones de la patria, tomando por base la compañía de plaza (policía de seguridad de Santiago); se destinó medio batallon de infantería (del cuerpo cívico de infantes de la patria) para englobarse con el de milicias de Talca, cuya disciplina a la sazón estaba adelantada; se pusieron sobre las armas los escuadrones del rejimiento de milicias de San Fernando; i se agregaron cuatro piezas de artillería al servicio de estas fuerzas, completando así la indicada division, que se puso bajo la conducta del coronel don Joaquin Prieto. Volaron todas estas tropas, precedidas por el escuadron de la escolta, hasta situarse en Talca, para ejecutar el paso del Maule i tomar posesion de Linares. Averiguada con toda certidumbre la situacion i fuerzas del enemigo, debía Prieto continuar su marcha hasta forzar la retaguardia de aquel, si Benavídes persistia en el bloqueo de Talcahuano.» El documento de que copiamos estas líneas, señala en seguida algunas de las numerosas atenciones que entónces embarazaban la accion del gobierno para hacer algo mas decisivo contra el enemigo vencedor en los distritos del sur. «Como si esta serie de causas, dice, no bastase para apurar nuestros recursos, casi extintos con los sacrificios que costaron las fuerzas espedicionarias al Perú, aparecieron otras no ménos graves ni ménos atendibles, por la influencia que respectivamente tienen en la suerte de esta República. El gobernador de la plaza de Valdivia (Letelier) pide con instancias refuerzos de tropa i ausilios de dinero, vestuarios, municiones, pertrechos i artículos de guerra. Todo se le ha remitido en gran copia por la corbeta *Chacabuco*, destirándose este buque a sus órdenes para que lo emplee en servicio de aquel puerto. La provincia de Cuyo, íntimamente coaligada contra las insidias i tentativas de los anarquistas, solicita por conducto de su diputado el teniente coronel don Manuel Corvalan, numerosos artículos de guerra. Se le franquearon con la mas propicia deferencia, i ademas, con acuerdo del senado, se le libró un subsidio pecuniario de dos mil pesos al contado, i mil mensuales que

se le abonarán por el término de un año para atender a los gastos que tenga que sostener contra los revoltosos (16).¹¹

Pero todo el empeño del gobierno, embarazado, como se ve, por tantas i tan premiosas atenciones, no podia, a pesar de lo que se lee en la esposicion anterior, acelerar el equipo i la partida de la division ausiliar del sur. El senado, en acuerdo de 3 de octubre, revistió al supremo director de facultades extraordinarias. En los almacenes de ejército habia armas i municiones; pero faltaban caballos i dinero. Se abrió una suscripcion popular, que el director supremo encabezó con un donativo de mil pesos; i aunque el pais, empobrecido i hastiado con el peso de tantas contribuciones extraordinarias, acudió jenerosamente a este llamamiento, i suministró dinero i caballos en cantidad mas considerable de lo que podia esperarse, esos auxilios, ademas de insuficientes para el objeto, no pudieron recaudarse con la prontitud necesaria. Por estas causas, si bien el escuadron de la escolta pudo salir de Santiago el 6 de octubre, el coronel Prieto no se puso en marcha con el resto de su division sino doce dias despues (el 18 de octubre), i solo el 30 llegaba a Talca.

Mucho ménos prestigioso que Freire por sus antecedentes militares, i ménos experimentado en el mando de tropas i en los azares de los combates, Prieto, que hasta entónces se habia señalado principalmente por buenos servicios como oficial del estado mayor de plaza i como jefe de la maestranza, poseia sobre aquél dotes que iban a justificar ámpliamente la eleccion que en su persona habia hecho el supremo director al conñarle aquella division (17). Instalado en Talca, Prieto se contrajo a disciplinar su division, a resguardar los pasos del

(16) Comunicacion del ministro de la guerra don José Ignacio Zenteno al jeneral San Martin para darle cuenta de aquellos acontecimientos. Santiago, 28 de noviembre de 1820.

(17) Nacido en Concepcion el 20 de agosto de 1786, don Joaquín Prieto sirvió en su primera juventud en un cuerpo de milicias de esa ciudad, acompañó al coronel don Luis de la Cruz en su célebre viaje de esploracion de las cordilleras del sur i de un camino hasta Buenos Aires, volvió a ese pais en 1811 en la columna auxiliar que fué enviada de Chile, e hizo mas tarde aquí las primeras campañas de la revolucion. Emigrado a las provincias argentinas despues del desastre de Rancagua, se incorporó en Mendoza al ejército libertador en el cuadro de un cuerpo de artillería que debia organizarse en Chile. En muchos pasajes de esta historia, hemos recordado sus servicios como comandante jeneral de armas de Santiago i como jefe de la maestranza. Puede consultarse la rápida reseña biográfica que escribimos en 1854 para la *Galeria nacional de hombres célebres de Chile*, tomo II, páj. 111-17.

Maule, i a recojer noticias de lo que pasaba al sur de este rio. Aunque sus instrucciones le recomendaban ante todo la defensa de esa línea contra las agresiones de las bandas de Benavídes, debiendo abstenerse de pasar adelante a ménos de contar con «una probabilidad demostrada» de buen éxito en la empresa que acometiese, se le facultó para organizar partidas volantes que hicieran al enemigo una guerra igual a la que éste mantenía, i para autorizarlas para cometer las mismas depredaciones que éste ejecutaba. Esas instrucciones, que llevan la firma del ministro de la guerra don José Ignacio Zenteno, hombre culto i humano, prueban la exasperacion que habian producido en el ánimo de los patriotas mas moderados los horrores de esa lucha, i fueron mas ámpliamente confirmadas en las que se dieron al coronel Arriagada, que por separacion voluntaria de Viel, quedó al mando de las fuerzas que operaban al sur del Maule (18). Prieto, sin embargo, se abstuvo en lo posible de dar cumplimiento a esas órdenes; i procediendo con un notable tino político, trató de evitar la division de las fuerzas que estaban bajo sus órdenes i de no dar pábulo a la guerra de vandalaje que se habria seguido si hubiera lanzado a la pelea las partidas de sus tropas con autorizacion de saquear i de destruir.

5. Combates de las Vegas de Talcahuano i de la Alameda de Concepcion: los patriotas destrozan el ejército de Benavídes i recuperan la mayor parte de la provincia:

5. Freire, entre tanto, permanecia sitiado en Talcahuano; i su situacion se hacia mas i mas angustiada. Las fuerzas que tenia a sus órdenes eran suficientes para mantenerse a la defensiva en aquella plaza, que el enemigo, aunque mui superior en número, no se atrevia a atacar. Sin embargo, las municiones i los víveres eran escasos; i la afluencia de jente, mujeres, ancianos i niños, que se habia acojido allí para sustraerse a la saña de Benavídes i de sus soldados, amenazaba producir el hambre. Faltaba igualmente el forraje para los caballos; i como escasease el pasto en los contornos de Talcahuano, se hizo necesario sacar cada día una parte de ellos a la vega vecina a esta plaza, lo que hacia mas embarazosos el servicio militar i la situacion de los sitiados. Al tenerse en Santiago la primera noticia de las ocurrencias del sur, el ministerio de la guerra habia ordenado que sin la menor demora partiera de Valparaíso un buque que llevase a Talcahuano una abundante provision de municiones; pero el espíritu de especulacion inescrupulosa de los contratistas habia sido causa de que aquéllas fuesen en gran parte inser-

(18) Las instrucciones dadas a Prieto tienen la fecha de 18 de octubre, i de 4 de noviembre las de Arriagada.

vibles. Este deplorable accidente, que produjo entre los oficiales patriotas una justa indignacion, i no poco descontento contra el gobierno, no fué conocido por éste sino con muchos dias de retardo; i aunque habia enviado otros ausilios, aprestó un convoi de tres buques abundantemente cargado de víveres, de armas i de municiones, que habria bastado para cambiar la situacion del ejército. Pero este convoi salió de Valparaiso el 28 de noviembre; i ese dia la guerra del sur, como vamos a verlo, habia tomado un rumbo mui diferente (19).

Despues de los señalados triunfos alcanzados por las tropas de Benavídes en la segunda mitad de setiembre, i de la ocupacion de Concepcion, las operaciones militares en las cercanías de esta ciudad estaban casi paralizadas. Los jefes realistas habian creido que la provincia entera iba a levantarse como un solo hombre en favor de la causa del rei; i ahora veian que la gran mayoría de sus pobladores, así hombres como mujeres, corria a asilarse en Talcahuano, o huia despavorida hácia los distritos del norte. Los indios ausiliares, que no encontraban allí campo para ejercer su rapacidad, volvian a sus tierras o iban a juntarse a las bandas de Zapata, de Pincheira i de los otros montoneros que hacian sus depredaciones en Chillan i sus alrededores, sin que Benavídes, escaso de recursos para pagar sus servicios, tratara de detenerlos. En Concepcion no quedaron mas que las tropas regulares, i éstas, como ya dijimos, eran insuficientes para intentar el asalto de Talcahuano. En la tarde del 9 de octubre se acercaron a esta plaza

(19) El buque que llevó el primer socorro, era el bergantin *San Pedro*. Zarpó de Valparaiso el 30 de setiembre, i era despachado por el contratista don Antonio Arcos. Ese buque, cargado apresuradamente, i ademas mui pequeño, no pudo llevar todas las provisiones que se habian reunido, i fué necesario enviarlas por otros barcos. Freire recibió con gran contento ese primer socorro. En oficio de 11 de octubre decia lo que sigue: "Han llegado mui a tiempo los víveres remitidos por don Antonio Arcos en el bergantin *San Pedro*, segun su contrato; pero es de absoluta necesidad que vengan sal, harina i ají, pues la provision no tiene ninguno de estos renglones, ni los hai en este puerto". Pero, cuando dos dias despues se abrieron los barriles que contenian las municiones, se halló que veintiseis de ellos contenian en vez de pólvora, o mezclados con ella, ladrillo i escoria triturados. El gobierno no tuvo noticia de este hecho sino cerca de un mes mas tarde, e hizo tan serios cargos al contratista que ántes de mucho éste tuvo que abandonar ese negocio, i que alejarse poco mas tarde del pais, donde habia hecho fuertes ganancias que fueron la base de una gran fortuna. El gobierno mandó entónces preparar una nueva remesa de municiones i de víveres para socorrer la plaza de Talcahuano. El 28 de noviembre zarparon con ese destino los buques siguientes: Goleta *Fortunata*, armada en guerra i bajo el mando del teniente de marina don Santiago Hurrel; i bergantines *San Pedro* i *Cármen*, los tres cargados de municiones de boca i de guerra.

como si quisieran presentar combate o estrechar el sitio; pero despues de tender su línea fuera del alcance de la artillería patriota, se replugaron a Concepcion en la noche sin haber disparado un tiro.

Aquella situacion parecia destinada a prolongarse indeterminadamente. Algunos días, las partidas que salian de la plaza para dar de comer a los caballos en la vega vecina, tuvieron que sostener pequeños combates. El sarjento mayor don Francisco Javier Molina, famoso por su arrogante intrepidez desde las campañas de 1813, se señaló particularmente en cada una de esas salidas de la plaza. El 23 de octubre, seis de sus soldados, cortados por el enemigo, cayeron prisioneros; pero dos días despues, los patriotas apresaron en cercanías de Hualpen cuatro hombres que les suministraron noticias del campo de Benavídes. Freire preparó entónces una sorpresa sobre un cuerpo realista en la noche del 31 de octubre; i si advertido éste en tiempo por un desertor patriota, pudo evitar un desastre completo, sufrió la pérdida de cerca de treinta hombres. «He omitido empeñar una accion, decia Freire al dar cuenta de estos sucesos, considerando que verificada la reunion o aproximacion de las fuerzas que vienen en camino, debemos prometernos el mas feliz resultado destruyendo completamente al enemigo.» A pesar de los apuros de su situacion, el valiente jeneral conservaba una confianza inquebrantable en el valor de sus soldados i en el desenlace definitivo de la campaña.

Estos pequeños combates se renovaron con variada suerte en los días subsiguientes. En uno de ellos, ocurrido el 10 de noviembre, los patriotas perdieron cerca de setenta animales arrebatados por el enemigo, i el mayor Molina, que salió apresuradamente a rescatarlos, fué atacado de improviso por dos hombres que creia de su bando; i habiendo trabado combate con su natural denuedo, fué derribado de un balazo que lo dejó muerto en el sitio. Este contraste, que causó dolorosa impresion en el campo patriota, no podia tener una grande influencia en la suerte de la guerra; pero la escasez de recursos que se experimentaba en Talcahuano, i el retardo de los auxilios pedidos con tanto empeño, ponian a las tropas en el caso de afrontar cualquier peligro para salir de esa situacion. Los sucesos que ocurrieron en seguida, probaron su gran superioridad militar, i que no necesitaban de tales auxilios para destruir el ejército de Benavídes.

En la mañana del 25 de noviembre, se avistó desde la plaza, que al abrigo de los cerrillos de arena, se acercaban fuerzas considerables del enemigo por el lado de San Vicente. En el momento, Freire hizo retirar la caballada que pacia en la vega, puso sobre las armas sus tropas,

i colocándose a la cabeza de la caballería, engrosada con las partidas de indios amigos que se habian acojido a Talcahuano, salió al campo dispuesto a aceptar el combate a que parecia provocársele. El enemigo, entre tanto, seguía acercándose, tendiendo su línea con buen orden, i sin inquietarse por aquel aparato de defensa ni por el fuego de las baterías patriotas. Todos estos aprestos retardaron el combate solo unos cuantos minutos. «Deseando abatir el orgullo del enemigo i reanimar nuestra caballería, dice el mismo Freire, me puse a la cabeza de ella, i avanzando con ochenta cazadores i los indios de Angol, me fuí a la carga. El enemigo esperó de firme; pero, viendo nuestro arrojo, i que ya estaba cortada una parte de su caballería que se habia aproximado al Morro, volvió caras i se puso en precipitada fuga, empezando a sufrir todo el furor de la nuestra hasta mas de una legua, en que fatigados nuestros caballos, fué necesario hacer alto. El campo quedó sembrado de cadáveres, no bajando de 150 el número de los muertos, entre ellos varios oficiales. Se tomaron treinta prisioneros; i ademas de las armas de unos i otros, en su mayor parte tercerolas i sables, dejaron algunas lanzas. Por nuestra parte, tuvimos la desgracia de haber muerto el teniente coronel don Enrique Larénas i dos soldados, i heridos el teniente don Simon Antonio Santucho i seis soldados.»

Ese combate, conocido con el nombre de Las Vegas de Talcahuano, iba a tener, a pesar de sus reducidas proporciones, consecuencias decisivas en la suerte de la campaña. Al paso que él afirmó la confianza de las tropas de Freire, haciéndoles comprender que no necesitaban auxilio de ninguna clase para destruir al enemigo, produjo en las filas de éste una perturbacion precursora de mayores desastres. Queriendo aprovechar el prestigio de ese triunfo, el jefe patriota se preparó desde esa misma tarde para caer sobre los realistas que ocupaban a Concepcion; pero una lluvia torrencial que cayó todo el día siguiente (domingo 26 de noviembre), vino a retardar el ataque. Era preciso, ademas, trasportar de la Quiriquina una parte de la caballada del ejército, llevada allí para procurarle pastos; i esta operacion, así como los demas aprestos, no pudieron quedar terminados sino un día despues.

Por fin, en la mañana del 27 de noviembre se puso en movimiento todo el ejército que defendía a Talcahuano, es decir, unos ochocientos hombres de las tres armas. El terreno vegoso que media entre esa plaza i Concepcion, estaba ahora casi intransitable por la reciente lluvia; pero las tropas patriotas, arrastrando cuatro cañones, lo recorrieron en pocas horas, i ántes de medio día estaban sobre los suburbios de

la ciudad por el lado de los cerros de Chepe, donde Freire hizo colocar su artillería. Aquel ataque, que despues del combate anterior, no tenia nada de imprevisto, parecia, sin embargo, haber tomado de sorpresa al enemigo: tanto fué su desconcierto para organizar la defensa. Benavídes habia colocado dos cañones en el cerrito del Gavilan (hoi cerro Amarillo), al noroeste de la poblacion, en el mismo sitio en que Las Heras se habia defendido tan heroicamente en mayo de 1817 contra un ataque de Ordoñez. Su infantería estaba oculta en los pajonales que habia entre ese cerro i el de Chepe, i su caballería, dividida en dos grandes cuerpos, ocupaba los flancos. Esa posicion, indudablemente ventajosa, fué mal defendida por impericia de los jefes i por confusion i desaliento de la tropa.

Los soldados de Freire, por el contrario, alentados por su reciente triunfo, avanzaron en buen órden; i esperando alcanzar una victoria pronta i definitiva, emprendieron un movimiento uniforme, un ataque resuelto i vigoroso. Mientras la infantería patriota, que ocupaba el centro de la línea, rompía un nutrido fuego de fusil sobre la infantería realista, el comandante don José María de la Cruz, a la cabeza de los cazadores, cargaba sable en mano sobre las fuerzas de caballería que formaban la izquierda del enemigo, i el sarjento mayor don Ambrosio Acosta, con los dragones la Patria, i dos cuerpos mas de milicias capitaneados por el comandante Barnachea i el sarjento mayor Manzano, caia con igual ímpetu sobre la derecha. El combate propiamente dicho se redujo a esta sola carga. Los soldados del batallon Coquimbo, que servian en la infantería realista, lanzaron el grito de ¡viva la patria! i uniéndose a sus antiguos compañeros de armas, volvieron sus bayonetas contra los soldados de Benavídes i aceleraron la dispersion de éstos. Fué en vano que algunas compañías de infantes, replegándose a los arrabales de la ciudad por el lado que entónces se denominaba la Alameda, trataran todavía de reorganizarse. Las bayonetas patriotas las dispersaron prontamente, haciendo una horrible carnicería, de que casi no escaparon mas que los soldados, que por salvar sus vidas gritaban ¡Coquimbo! ¡Coquimbo! dándose por individuos de este cuerpo. En los flancos, la resistencia no habia sido mas duradera. El vigoroso empuje de la caballería patriota rompió en pocos momentos las filas enemigas, i arrollando uno tras otro los grupos de jinetes que trataban de mantener la resistencia, los dispersó i puso en fuga desordenada. La persecucion fué tenaz i sangrienta. Los fujitivos se habian dispersado en todas direcciones, i por todas ellas fueron perseguidos i sableados con saña implacable. El comandante Cruz se ade-

lantó hasta Hualqui sin conseguir dar alcance a Benavídes, que rodeado por unos cuantos hombres i montado en un escelente caballo, consiguió salvarse, cruzando el Biobío en una balsa.

Aquel combate, que recibió el nombre de «la Alameda de Concepcion», salvó a esta ciudad de la odiosa dominacion de Benavídes, i anonadó por entónces el poder i la arrogancia de este feroz caudillo. El ejército patriota no habia tenido mas pérdidas que las del capitán don Miguel Luarte, dos sarjentos, un tambor i ocho soldados, todos ellos muertos en el combate, i unos treinta heridos. Las del enemigo pasaban de trescientos hombres, acuchillados en la pelea i en la persecusion, de numerosos prisioneros cojidos en el mismo campo, i de mas de doscientos que se fueron presentando poco a poco con el carácter de pasados que querian seguir prestando sus servicios en las filas patriotas, engrosadas ademas con cerca de trescientos soldados del batallon Coquimbo, con sus armas. El armamento quitado al enemigo, o abandonado por éste en su fuga, montaba a cinco cañones con sus municiones, ciento diez i nueve fusiles con catorce mil tiros, veinte i seis tercerolas, cuatrocientas lanzas i muchas fornituras. En la precipitacion i el desórden de la fuga, los realistas no se habian acordado mas qué de poner en salvo sus personas. Benavídes mismo dejaba a su mujer en Concepcion; i ésta habria caido en poder de los patriotas o ahogádose en el paso del rio, sin la caridad de uno de los soldados vencedores, que la ocultó durante algunos dias en Concepcion i en seguida le facilitó la fuga para que fuera a reunirse a su marido.

La jornada, como hemos dicho, habia sido sangrienta, no precisamente en el combate mismo, sino en la persecucion. Los patriotas habian sido implacables para castigar en los fujitivos las atrocidades, los saqueos, incendios i asesinatos que los realistas cometian ordinariamente, i con que éstos habian creído afianzar sus triunfos. Freire mismo, aunque jeneroso i humano por carácter, desplegó en esta ocasion una tremenda severidad. El día siguiente de su victoria, el 28 de noviembre, hizo fusilar en Concepcion, en represalia de la matanza de Tarpe llanca, diez i nueve prisioneros realistas, entre ellos una mujer anciana que demostrando gran astucia i una incansable actividad, habia prestado señaladísimos servicios a Benavídes comunicándole noticias de cuanto pasaba en el campamento patriota (20).

(20) La mejor fuente de informacion para conocer estos sucesos, es la coleccion de partes oficiales de Freire, que como ya hemos dicho, son jeneralmente escritos con mucha claridad i con un abundante caudal de noticias. Aquel en que cuenta mas es-

6. Los realistas sufren otro desastre a las orillas del Ñuble: los patriotas no aprovechan las ventajas de esa situación, i se dejan engañar por las falsas proposiciones de paz que hace Benavídes.

del enemigo.

El valiente coronel Arriagada se hallaba, como se recordará, en San Carlos, a la cabeza de las fuerzas que, asociado al comandante don Benjamin Viel, habia logrado reunir, para cerrar al enemigo el paso del Ñuble. Ese cuerpo de tropas, compuesto de poco mas de ochocientos soldados, de los cuales solo cien eran veteranos, se habia engrosado con un escuadron de cazadores que habia enviado de Talca el coronel Prieto bajo las órdenes del sarjento mayor don José María Boile Arriagada. Hombre de carácter sólido, i experimentado ademas en esta clase de guerra, habia cuidado a la vez de la disciplina de su jente, para infundirle confianza i conjurar el pavor creado por los triunfos de Benavídes, i del servicio de espionaje, para no dejarse sorprender.

Miéntras el caudillo realista se mantenía en Concepcion empeñado en estrechar las fuerzas patriotas encerradas en Talcahuano, habia confiado al guerrillero Zapata la direccion de las operaciones militares en

tensamente estas últimas jornadas, tiene la fecha de 30 de noviembre, i fué publicado en un suplemento de la *Gaceta Ministerial* que tiene la fecha de 23 de noviembre. Nosotros recojimos en años pasados numerosos apuntes de noticias suministradas por diferentes oficiales que hicieron esas campañas, soportaron el sitio de Talcahuano i tomaron parte en los dos combates que le pusieron término. Segun algunos de esos informes, Freire atacó al enemigo en Concepcion con confianza plena en el éxito de esa empresa. Despues del primer combate, se pasó a los patriotas un soldado que habia pertenecido al batallon Coquimbo, i éste comunicó como emisario de sus compañeros, que todos éstos esperaban una ocasion propicia para volver sus armas contra Benavídes. En los documentos de la época hemos encontrado una referencia que confirma esa noticia.

Entre los prisioneros realistas tomados en Hualqui, o mas bien entre los que allí se presentaron como pasados a las filas patriotas, se contaba don Agustin Aldea, de quien hemos hablado anteriormente. En el principio se habló de fusilarlo; pero siendo primo hermano de un ministro del director supremo, se le envió a Santiago. Aquí fué puesto en libertad, i como contamos ántes, llegó a ser miembro de la convencion constituyente de 1822.

la línea del Ñuble i del Itata. Hombre valiente a toda prueba, pero grosero, ignorante i vicioso, Zapata se había mantenido en Cuchacucha en medio de borrascosas diversiones, acometiendo pequeñas correrías, i completando sus bandas con la esperanza de poder destruir el cuerpo de tropas que tenia el comandante Arriagada. En la segunda mitad de noviembre, Zapata había reunido mas de mil hombres, de los cuales trescientos eran indios araucanos, i con ellos se puso cautelosamente en marcha para atacar a San Cárlos. El 26 de ese mes se hallaba en Cochárkas, cerca del vado del mismo nombre sobre el rio Ñuble, pero sus movimientos habían sido observados por el comandante Arriagada. Seguro éste del vigor i de la resolucion de sus tropas, determinó salirle al encuentro para aprovechar su caballería en campo raso, i para ahorrar al pueblo los estragos de un combate.

Los patriotas consiguieron ocultar su marcha i su aproximacion al enemigo. En la mañana del 27 de noviembre cayeron sobre él de improviso i con tanta decision que en pocos momentos lo desorganizaron completamente, poniéndolo en dispersion i obligándolo a tomar la fuga en todas direcciones. La persecucion, como era de esperarlo, fué encarnizada i sangrienta, i por los lados del sur se estendió hasta las cercanías de Chillan. Al paso que los patriotas tuvieron solo seis soldados muertos i cuatro heridos, el enemigo dejó cerca de doscientos muertos en el campo, sin contar entre ellos los individuos que se ahogaron en el paso del Ñuble. Por el momento pudo creerse que la desorganizacion de las bandas de Zapata había sido jeneral i definitiva. Un esfuerzo decidido de los patriotas en aquellos momentos, habría podido adelantar i tal vez resolver la dolorosa situacion a que estaba sometida esa provincia.

Pero desgraciadamente faltaron el acuerdo i el vigor en las operaciones subsiguientes. El coronel Prieto, que había permanecido en Talca prestando la division de su mando, no salió de allí sino el 1.º de diciembre, despues de recibir las primeras noticias de los desastres que había sufrido el enemigo en Cochárkas i Concepcion. Avanzando con la mayor cautela, solo el 12 de ese mes entraba a Chillan, que los enemigos habían abandonado. Creía Prieto que éstos no se hallaban en situacion de acometer otras operaciones que correrías de simple merodeo, i pensaba que algunas medidas de prudencia podían contribuir mejor que los combates a la pacificacion de la provincia. Así, pues, sin descuidar ninguna de las precauciones necesarias para no ser engañado ni sorprendido, se empeñaba sobre todo, a pesar del rigor de las instrucciones que se le habían dado, en évitár toda violencia de

parte de los patriotas i en atraerse a los mas moderados de los caudillos realistas.

Freire, entre tanto, se habia ocupado en restablecer el órden público en Concepcion, llamando a esta ciudad a las familias que la habian abandonado durante la ocupacion realista. Al anunciar al gobierno el triunfo alcanzado sobre el enemigo, Freire, recordando que habia cumplido lealmente su deber i sus promesas, pedia al director supremo que le nombrase un sucesor en el mando de las tropas, exijencia en que no era difícil descubrir un mal disimulado reproche por no habersele enviado todos los socorros que tenia pedidos. Este descontento, sin embargo, se calmó mui luego cuando vió llegar a Talcahuano tres buques abundantemente cargados de municiones de boca i de guerra.

Todo aconsejaba en esas circunstancias el emprender sin demora la persecucion del enemigo en sus guaridas de ultra Biobío, para no darle tiempo de reorganizarse. Los elementos de que Freire podia disponer para una empresa de esa clase, eran en realidad escasos; pero la desorganizacion de los realistas despues de los recientes desastres, i el pavor que habian sabido infundirles el vigor i la disciplina de los patriotas, auguraban a éstos un éxito casi seguro. Freire, sin embargo, tan resuelto i denodado en los momentos de mayor peligro, mostró en seguida una deplorable indecision que iba a producir los mas funestos resultados. Esperando que se le reunieran las fuerzas que llevaba de Talca el coronel Prieto, se mantuvo en Concepcion sin emprender movimiento alguno para inquietar al enemigo i completar la dispersion de éste. Por un error mas deplorable todavía, se dejó engañar lastimosamente por el artificioso i siempre pérfido enemigo.

Inmediatamente despues de su desastre, Benavídes debió creerse definitivamente perdido; pero cuando vió que no se le perseguia, pudo suponer que algunos dias de inaccion de los patriotas, le permitirian reunir los restos dispersos de sus tropas i mejorar de algun modo una situacion que parecia desesperada. Sea por iniciativa suya, o por inspiracion de los frailes que le servian de consejeros, se dirijió a Freire por medio de un oficio fechado el 1.º de diciembre para proponerle un armisticio. Decíale en él que como la suerte de las armas le habia sido adversa, tenia convocados todos los indios del otro lado del Biobío i que se preparaba a abrir con ellos una nueva campaña cuyas consecuencias no podian dejar de ser terribles. «Yo, agregaba, por un efecto de humanidad, deseando con toda la efusion de mi corazon evitar el

derramamiento de la sangre inocente que ha de inundar precisamente este suelo, si me veo en precision de introducir en él millares de indios que claman por su pronta esterminacion, i considerando tambien que ésta es una guerra desproporcionada i desoladora de que no resulta ventaja alguna a la nacion, prevengo a V. S. que si gusta celebrar conmigo un armisticio o suspension de armas, durante el cual cesen las hostilidades, estoi mui pronto a retirar las fuerzas que existen en la provincia i situarlas desde el rio de la Laja hasta las márgenes del Biobío. Ofrecia ademas Benavídes formular mas completamente las bases de la negociacion, si se le daban garantías para el oficial que pasara en el carácter de parlamentario a tratar con el jefe patriota, exijiendo que miéntras se llegaba a un arreglo, se suspendiese la remision a Santiago de los prisioneros que se hallaban en poder de este último.

Los antecedentes de Benavídes, la inaudita perfidia que habia usado en todos sus tratos, i las atrocidades que habia cometido despues de cada negociacion, enseñaban claramente a Freire que no era posible oír proposicion alguna que viniera de su parte. En la contestacion que dió a Benavídes con fecha 8 de diciembre, comenzaba, en efecto, por recordar esas circunstancias. «El funesto resultado que han tenido mis anteriores comunicaciones con U., decia Freire, me habria obligado a escusar la contestacion de su nota»; pero considerando, agregaba, «que la marcha de los acontecimientos hubiera demostrado al caudillo realista el ningun resultado de prolongar la guerra, i la conveniencia que habria en poner término a tantas desgracias, aceptaba aquella invitacion, i que al efecto recibiria a un oficial autorizado para negociar «una avenencia racional i justa».

Las proposiciones hechas por Benavídes en esas circunstancias, demostraban de sobra su propósito deliberado de ganar tiempo sin que se llegara a arreglo alguno. El 15 de diciembre se presentaba en Concepcion el presbítero don Juan Antonio Ferrebú, antiguo cura de Rere, realista furibundo, que así capitaneaba una guerrilla como deliberaba en las juntas de guerra del campo enemigo, o predicaba en las iglesias i en los campamentos sermones furibundos para inflamar los ánimos en favor de la guerra implacable i sin cuartel. Era portador de una proposicion de armisticio formulada en cinco artículos, que no podia dejar de ser rechazada. Se señalaba como línea de separacion entre los ejércitos belijerantes el curso del rio Laja desde su origen hasta su union con el Biobío, i desde allí el curso de este último rio hasta su embocadura en el mar, quedando los realistas en posesion

de la rejion del sur i los patriotas de la del norte. Se prohibiria en lo absoluto el paso de tropas de una a otra banda; pero se permitiria el tráfico comercial de las jentes de paz, a condicion de que no tratasen de introducir proclamas o papeles subversivos. Se daria libertad por una i por otra parte a todos los prisioneros, i se permitiria volver a sus hogares a las familias que se hallasen en uno o en otro campo. Este pacto debia ser sometido a la aprobacion del virrei del Perú, a cuyo efecto el intendente de Concepcion suministraria un buque en que pudiera trasladarse a Lima el oficial realista que llevase las comunicaciones de Benavídes. Miéntras llegaba la resolucion del virrei, ninguna de las partes contratantes podria introducir innovacion en lo pactado; «i si por algun evento, agregaba, quisiese alterarse por los citados jefes, deberá precisamente comunicarse esta novedad con la anticipacion de quince dias ántes del rompimiento de la espresada convencion». El caudillo realista, que en el mando de aquellas hordas de montoneros i malhechores no se habia detenido ante consideracion alguna de honradez i de humanidad, proponia, sin embargo, que se respetase ese pacto «bajo la garantía del derecho de jentes».

Freire rechazó perentoriamente esas proposiciones. El mismo dia 15 de diciembre hizo regresar al campo realista al parlamentario Ferrebú, con una respuesta franca i esplicita en que consignaba las únicas bases sobre las cuales se podia entrar en negociaciones. Dadas la situacion respectiva de los belijerantes, i el deseo del gobierno i del jeneral en jefe de poner término a los horrores i depredaciones de esa guerra atroz, este último no podia exigir ménos que el completo sometimiento del enemigo, ni ofrecer otra cosa que un jeneroso olvido de todo lo pasado. «En obsequio de la humanidad, decia Freire, daré un salvoconducto a todos los que quieran pasar a Lima; i los que prefieran quedarse en esta provincia, volveran al seno de sus familias i a la posesion de sus bienes para vivir tranquilamente, terminando por consiguiente la infructuosa guerra que se intenta sostener (21).» Este ofrecimiento jeneroso, dirijido a poner término a los inútiles horrores que destrozaban esa provincia, no habia de producir resultado alguno.

(21) Freire dió cuenta al gobierno de estas proposiciones de paz, en oficio de 20 de diciembre, incluyendo copia de las comunicaciones cambiadas, i declarando que quedaba convencido de que Benavídes no habia querido otra cosa que ganar tiempo. La correspondencia a que dió origen esa pérda negociacion, fué publicada por don Benjamin Vicuña Mackenna en el apéndice 8 del libro titulado *La guerra a muerte*.

7. Devastaciones perpetradas por los realistas en los pueblos de la alta frontera: avanzan sobre Chillan i son rechazados por la division del coronel Prieto; consigue este jefe tranquilizar esta parte de la provincia.

7. Benavides, en efecto, no queria la paz, ni siquiera llegar a un armisticio razonable. Habia promovido esas negociaciones con el solo proposito de ganar tiempo; i burlándose de la buena fe de Freire, habia aprovechado aquellos dias para reunir los restos dispersos de sus bandas i para convocar de nuevo las hordas de indios, prometiéndoles libertad absoluta para perpetrar saqueos

i depredaciones. Mientras Benavides se mantenía en Arauco dirijiendo estas finjidas negociaciones, el teniente coronel don Juan Manuel Pico, su segundo en el mando de las tropas realistas, cruzaba el Biobío por cerca de Monterrei, i emprendia en el territorio de la isla de la Laja i en sus contornos una campaña de destruccion en que no se queria dejar en pié villorrio ni casa alguna. El pueblo de los Ángeles, las aldeas de Nacimiento, San Carlos de Puren, Santa Bárbara i Tucapel Nuevo, despues de sufrir un nuevo saqueo, fueron incendiados; i la comarca entera fué reducida a la mas espantosa desolacion, sin que aquellos malvados hallaran en parte alguna la menor resistencia, i sin que nada pudiera justificar tan infructuoso crimen (22).

El coronel Prieto, como dijimos ántes, llegó a Chillan el 12 de diciembre. Ántes de ocupar este pueblo, habia hecho adelantarse una parte de sus tropas bajo las órdenes del comandante don Domingo Torres. Acompañado por el sarjento mayor don Manuel Quintana i por el capitan don Pedro José Riquelme, oficiales de gran valor i de esperiencia en ese jénero de guerra, Torres habia avanzado hasta las

(22) A consecuencia del desamparo en que habian quedado aquellas poblaciones, i de estar toda esa comarca ocupada o recorrida por las fuerzas realistas, o mas propiamente por las bandas de montoneros o de indios, desde setiembre anterior, los patriotas no tuvieron noticia de esas devastaciones sino mas tarde, razon por la cual en los documentos contemporáneos no se habla de ellas sino vagamente. El historiador español don Mariano Torrente, en su *Historia de la revolucion hispano-americana* (tomo III, cap. IX), refiere estos sucesos por los informes que le suministraron en Madrid algunos de los oficiales que servian bajo las órdenes de Benavides, i parece creer que aquellos actos de despecho brutal i desatentado, eran una hostilidad lejítima i regular. Refiere allí que Chillan no corrió la misma suerte porque el guerrillero Zapata, orijinario de ese pueblo, se opuso a ello, e impidió que fuese quemado. El hecho es absolutamente inexacto. Chillan no fué destruido porque cuando las bandas realistas se acercaron a él, ya estaba defendido por el coronel Prieto; i éste, como vamos a verlo, batió al enemigo a corta distancia de la poblacion.

orillas del río Diguillin, i como el 14 de diciembre encontrase allí una montonera enemiga, reforzada por una numerosa banda de indios, la atacó resueltamente i la puso en completa dispersion. Aquella montonera, sin embargo, no era mas que una partida avanzada de las fuerzas que a las órdenes de Pico i de Zapata, asolaban en esos momentos la isla de la Laja. Cuando éstas hubieron terminado su obra de destruccion en aquella comarca, se empeñaron en reconcentrar los diversos destacamentos que habían obrado separadamente, para caer en un solo cuerpo sobre Chillan. Entre soldados regulares, montoneros e indios, Pico tenia bajo sus órdenes cerca de 2,500 hombres.

La division de Prieto, inferior en número, pero superior por la calidad de una parte de la tropa, no podia tomar la ofensiva. Además de que la indecision del jeneral Freire no permitia combinar operaciones mas resueltas, la division de Chillan estaba obligada a mantenerse en una situacion expectante. Contábase entónces que don José Miguel Carrera, despues de complicadas i fatigosas correrías en las provincias arjentinas, ocupaba los campos del sur de Mendoza, i que con el apoyo de los indios de la pampa, se preparaba para penetrar a Chile por la cordillera de Curicó o de San Carlos, con la esperanza de revolucionar este pais i de apoderarse del mando. Estos rumores, sin ser precisamente ciertos, estaban fundados en hechos reales, segun habremos de verlo mas adelante, i revestian el carácter de completa verosimilitud. Prieto no podia alejarse mucho de Chillan, porque en el caso de haberse efectuado la invasion de Carrera por la cordillera de San Carlos, habria tenido que acudir a ese punto a cerrarle el paso. Estos anuncios, repetidos por muchos conductos, creaban a los patriotas una situacion sumamente embarazosa.

En esas circunstancias, llegaba a Chillan el 23 de diciembre la noticia segura del avance del enemigo. Numerosos campesinos, hombres, mujeres i niños, venian huyendo de todos los campos que se estienden al norte del río Laja, i contaban los horrores i la desolacion que cometian las bandas realistas, i en especial las hordas de indios que las acompañaban. El incendio de todos los ranchos situados cerca de la márjen izquierda del río Chillan, confirmó en la tarde la efectividad de aquellas noticias. El coronel Prieto puso inmediatamente sobre las armas todas las tropas de su division, i mantuvo la noche entera la mayor vijilancia para evitar una sorpresa.

Una batalla parecia inevitable. En la mañana siguiente (24 de diciembre), las bandas realistas, tendidas en línea, ocupaban las alturas cercanas a la orilla sur del río. Prieto, dejando su infantería en los

contornos del pueblo, adelantó su caballería en són de combate, hasta ponerse enfrente del enemigo, i separada de él solo por el ancho del rio. En cada campo se oían los gritos de provocacion de los contrarios. El guerrillero José María Zapata, segundo jefe de la division realista i uno de sus mas atrevidos i prestigiosos caudillos, avanzó con grande arrogancia hasta una isleta del rio, i desde allí provocaba nominalmente a algunos de los oficiales patriotas que gozaban de mayor reputacion de valentía en los dos campos. Herido de muerte por un tiro de carabina de una avanzada patriota, Zapata fué arrancado de su caballo por el lazo del capitán don Pedro José Riquelme i arrastrado moribundo hasta el campo de Prieto, donde espiró pocos momentos despues. Este accidente, mui deplorado por los realistas, no abatió sin embargo el ánimo de éstos. En efecto, dos columnas de caballería patriota que pocas horas mas tarde pasaron el rio por distintos puntos bajo las órdenes de los comandantes Boile i Torres para atacar al enemigo por sus flancos opuestos, hallaron una porfiada resistencia, i tal vez habrian sido arrolladas, si Prieto no hace avanzar otro cuerpo de tropas bajos las órdenes de su jefe de estado mayor, coronel don Francisco Elizalde. Aquel choque, que costó a los patriotas la pérdida de un oficial i de cerca de cien hombres, no fué en en manera alguna decisivo. El enemigo se retiró en cierto orden, i Prieto, creyendo descubrir en ese movimiento una estratajema para hacerlo salir de sus posiciones, se abstuvo de perseguirlo.

En la noche, los realistas recibieron algun refuerzo. Algunas montoneras que bajaban de la montaña, llegaron a engrosar sus filas, i los alentaron para renovar el combate. Desde las siete de la mañana del dia 25 de diciembre, recomenzó el tiroteo de una a otra banda del rio; pero como Prieto se encontrase resuelto a no abandonar sus posiciones, los realistas comenzaron a retirarse a la una del dia sin ser perseguidos. Parece que la muerte del caudillo Zapata i las demas pérdidas que sufrieron en esos choques, los habian desconcertado, estimulándolos a desistir de todo ataque en Chillan, i a retroceder para ir a guarecerse en sus madrigueras del otro lado del Biobío. Benavídes, que habia quedado allí, temia cada dia verse atacado por las tropas que Freire tenia en Concepcion, i estaba empeñado en reconcentrar las fuerzas salvadas de sus últimos desastres (23).

(23) Los partes oficiales de Prieto, mui prolijos i detallados i de ordinario suficientemente claros, son la mejor autoridad para conocer i describir estas operaciones; pero hemos tenido, ademas, a la vista la correspondencia particular del

El combate que acabamos de referir, no fué por cierto una victoria de las armas patriotas, pero tuvo por sus consecuencias los caracteres de tal. Chillan se había salvado del incendio i de la desolacion que lo amenazaban; i su comarca quedó libre de las fuerzas considerables del enemigo, si bien no de las montoneras que solian bajar de la montaña. El coronel Prieto, obedeciendo las órdenes terminantes del gobierno, pudo desprenderse de una parte de sus tropas, i enviar a Concepcion los cuerpos regulares de caballería que Freire le pedia con instancias para abrir operaciones en el territorio araucano. Ese combate, por otra parte, restableciendo el prestigio de la autoridad nacional, dejó al coronel Prieto en situacion de consolidarla en toda esa comarca.

Por la influencia de los misioneros franciscanos, la mayoría de los pobladores de Chillan i de todos los campos de su distrito, se había mostrado decididamente hostil a la revolucion. Las montoneras, en que se enrolaban con grande entusiasmo los campesinos, i en que algunos de ellos se habían señalado por su desapiadada ferocidad, eran protegidas i a veces mandadas por grandes propietarios. Algunos de éstos figuraban o habían figurado como jefes de las filas realistas. Pero los horrores de aquella guerra, las destrucciones inútiles, i sobre todo el convencimiento de que el nuevo orden de cosas creado por la revolucion se asentaba mas i mas cada día, comenzaban a modificar la opinion. El coronel Prieto, hombre sagaz i juicioso, conoció perfectamente este estado de los ánimos, i supo aprovecharlo con rara discrecion. En vez de seguir el ejemplo de los otros jefes que habían mandado en ese distrito, i las instrucciones que había recibido del ministerio de la guerra, se empeñó en establecer como sistema administrativo una esmerada moderacion.

Tomando el nombre del gobierno, Prieto ofrecia amplia i completa amnistía a los que depositaran las armas, para volver a vivir pacíficamente en sus antiguos hogares. Buscó i descubrió ajentes seguros para comunicarse con algunos jefes de guerrillas; i consiguió atraerse así a dos o tres de los mas importantes por sus relaciones de familia. Aunque el estado de miseria de sus tropas, i la tardanza de los auxilios

mismo coronel Prieto con el supremo director O'Higgins, i una interesante i minuciosa relacion inédita de toda esta campaña, escrita por el comisario de aquella division don Juan Castellon para el jeneral don Guillermo Miller. Este distinguido jeneral nos obsequió ese manuscrito en Lima, en 1861, pocos meses ántes de su muerte.

que pedía al gobierno, habrían autorizado a Prieto para imponer exacciones al vecindario i sobre todo a aquellos individuos que eran conocidamente desafectos al nuevo orden de cosas, se abstuvo de hacerlo; i la templanza regular i uniforme con que trataba a los parciales i a los adversarios, contribuyó en gran manera a calmar las pasiones i a desarmar no pocas resistencias. En este trabajo, Prieto fué ayudado por las circunstancias prósperas por que atravesaba la revolucion. Desde el 8 de noviembre de 1820, la *Gaceta* del gobierno habia comenzado a publicar en Santiago las primeras noticias de la espedicion libertadora del Perú, i dia a dia seguia anunciando el progreso de las armas chilenas i el próximo derrumbamiento del poder español en aquel virreinato. En el principio, los realistas que habian quedado en Chile, creyeron que esas noticias eran simples invenciones; pero ántes de mucho tiempo no fué posible poner en duda su efectividad. Muchas de las familias de la provincia de Concepcion que hasta entónces se habian mostrado adictas a la causa del rei, comprendieron entónces que ésta estaba definitivamente perdida, i se mostraron inclinadas a someterse al nuevo gobierno.

Este plan de conducta adoptado por el coronel Prieto, lo habria espuesto sin duda a ser juguete de intrigantes i de malvados que sirviendo todavía a los guerrilleros realistas, se presentaban como pasados a las autoridades patriotas para traicionarlas en el momento propicio. Descubiertos algunos de éstos, fueron castigados con la pena de muerte, como lo fueron otros malhechores incorrejibles. «Perdonar a los rendidos i castigar severamente a los que se pillen resistentes, decia Prieto al director supremo, en carta de los primeros dias de enero de 1821, es el mejor recurso para darles a conocer la jenerosidad i la justicia al mismo tiempo. Así ha sucedido estos dias, i he observado sus buenos efectos. Miéntras que muchos iban alegres a su casa con su documento de resguardo, hice caminar al patíbulo a tres satélites del vandalaje que se pillaron i que merecian aquella pena. Es un engaño, señor, creer que todo se allana con fusilar i matar. Exaltados como se hallan los bandidos, huyen a las montañas i no nos dejan el gusto de verlos siquiera, i mucho ménos de perseguirlos. Si alguno por casualidad se pilla, se presenta con la mayor serenidad al castigo, i así no hacemos mas que aumentar el número de los errantes i fujitivos. . . Lo cierto es que ya se observa entre estos vecinos un aire de confianza i de alegría que ántes no se conocía en ninguno. A mi llegada a estos lugares todo era miedo, horror i tristeza. Hoi ya se va aumentando el número de los patriotas.» El 12 de febrero de 1821 se celebró en

Chillan el tercer aniversario de la declaracion de la independencia con un contento que aquel pueblo no habia conocido.

Chillan se vió desde entónces mucho ménos hostigado por las correrías de las montoneras enemigas; i si no fué el centro de las operaciones militares, puesto que el grueso de las tropas patriotas quedó establecido en Concepcion, de allí salieron numerosos comisarios a recojer noticias de las bandas realistas que permanecian al otro lado del Biobío, i a fomentar entre ellas la desercion. Algunos de esos ajentes debian entrar en comunicaciones con ciertos caudillos realistas que parecian inclinados a abandonar una causa perdida, i otros llevaban el encargo de promover la rebelion contra los jefes, i aun de deshacerse de éstos por cualquier medio. Por el momento, estas diligencias no produjeron resultado; pero, como veremos mas adelante, no fueron infructuosas (24).

8. Infructuosa campaña del jeneral Freire al sur del Biobío. 8. El jeneral Freire, entre tanto, habia permanecido en Concepcion despues de sus triunfos, sin intentar empresa alguna para completar la destruccion del enemigo. En los últimos dias de diciembre, cuando se hubo convencido de la falsía de las proposiciones de paz hechas por Benavides, i cuando hubo recibido los socorros de víveres i municiones enviados de Santiago i los refuerzos de tropas de caballería enviados de Chillan por el coronel Prieto, se decidió a operar al otro lado del Biobío. Un cacique de los llanos de Lumaco, llamado Venancio Coihuepan, hombre mas culto que la jeneralidad de los indios, i que siempre se habia mostrado inclinado en favor de los patriotas, habia pedido al intendente de Concepcion un cuerpo de soldados para atacar a otros bárbaros que hacian armas por los realistas. Creyendo que ésta era una coyuntura favorable para escarmentar a los indios, Freire organizó una columna de trescientos jinetes de buenas tropas, i el 28 de diciembre los hizo partir para Lumaco a cargo del sarjento mayor don Francisco Ibañez, soldado rudo, pero de gran valor i acostumbrado a soportar las fatigas de la guerra.

En su marcha, pudo conocer Ibañez los destrozos ejecutados recientemente por las bandas realistas. Yumbel estaba en su mayor parte incendiado, i Nacimiento era un monton de ruinas. Hallándose un

(24) A los datos que sobre estos accidentes contiene la correspondencia oficial i particular del coronel Prieto, se agregan los que consigna la relacion del comisario Castellon, que segun se ve allí, estaba en el secreto de estos planes i fué un útil cooperador del coronel Prieto.

poco al sur de esta plaza en los primeros días de enero de 1821, fué atacado por los indios que regresaban batidos en los contornos de Chillan; pero éstos no pudieron resistir a una carga de los jinetes patriotas, i se dispersaron fácilmente. Mas adelante, al reunirse en Lumaco con el cacique Venancio, pudo conocer que la discordia reinaba entre las tribus de bárbaros, i que en efecto, los pobladores de la mayor parte del valle central del territorio, no secundaban en sus correrías a los indios de la rejion de la costa, que eran los mas firmes aliados de Benavides. Como Venancio quisiera pasar a Nacimiento con una gran comitiva de mocetones a celebrar una conferencia con el jeneral Freire, convino Ibañez en dejar allí cincuenta hombres de su tropa a cargo del capitán don Luis Salazar para la defensa de aquellas tribus amigas. El 12 de enero, cuando Ibañez i Venancio se habian alejado de esos lugares en marcha hácia Nacimiento, los indios rebeldes, exitados por algunos oficiales realistas, cayeron sobre Lumaco en número considerable. Siguióse una sangrienta refriega en que Salazar i sus aliados escarmentaron rudamente a los enemigos. Otros pequeños encuentros dieron el mismo resultado; i si ellos no bastaron para poner término a las hostilidades de esos bárbaros, contribuyeron a disminuir el prestigio que entre ellos gozaban las armas del rei.

Aquellas operaciones, sin embargo, no podian tener una gran trascendencia. El mismo Freire, que las habia dispuesto, en vez de emprender una vigorosa persecucion de los restos desordenados del ejército enemigo, no parecia atribuirles mucha importancia. Sabiendo que Venancio habia llegado a Nacimiento, i que lo citaba para combinar su plan de operaciones contra el enemigo, el jeneral en jefe se resolvió con mui poco empeño a acudir a ese llamamiento. El 3 de febrero salió de Concepcion con cerca de ochocientos hombres, i emprendió la marcha con mucha lentitud por la orilla derecha del Biobío. A su paso por Talcamávida, i en seguida en Santa Juana, cuando hubo pasado aquel rio, pudo convencerse de la desorganizacion a que estaba reducido el enemigo. En vez de hallar partidas de éste que hostilizaran a las fuerzas patriotas, se presentaban aquí i allá grupos de individuos que habiendo servido en las guerrillas realistas, acudian ahora a deponer las armas para alcanzar su perdon. Uno de ellos fué un teniente español llamado don Manuel Canario, que despues de haber prestado útiles servicios a los realistas, pasó a prestarlos con igual decision a los patriotas.

La conferencia del cacique Venancio con el jeneral Freire, se verificó en los contornos de la plaza de Nacimiento el 21 de febrero. Los

mocetones que acompañaban a aquel caudillo, pedían con instancias los regalos que según la costumbre tradicional, se les distribuían en cada parlamento con las autoridades españolas; i como el jefe chileno no los tenía, llegó a producirse cierto descontento. El cacique Venancio exigía que las fuerzas patriotas penetraran al territorio araucano para ir a destruir las tribus hostiles que capitaneaba otro cacique prestigioso llamado Mariloan. Estas exigencias creaban a Freire una situación muy embarazosa, pero le fué necesario desentenderse de ellas con varios pretextos. Se limitó a acompañar a los indios hasta los campos de Angol que se decían amenazados por una agresión de Mariloan, i aunque esta noticia era infundada, dejó en aquellos lugares doscientos cincuenta soldados para auxiliar a Venancio. En estas dilijencias, fueron batidas algunas pequeñas montoneras realistas.

Todas éstas eran ventajas casi insignificantes, i no podían tener ninguna eficacia para concluir la destrucción del enemigo, que en esos momentos reconcentraba los últimos restos de sus fuerzas en Arauco i en los campos vecinos. Freire, que desde los triunfos alcanzados en Talcahuano i Concepción, había dejado correr tres meses enteros sin acometer la persecución resuelta que habría podido consumir la dispersión de las bandas de Benavides, resolvió ahora emprenderla, pero no puso en ella la actividad que habría sido necesaria. El 25 de febrero, a su paso por Santa Juana, vió que esta plaza había sido incendiada recientemente por una partida realista, i que en otros puntos de la línea fronteriza comenzaban a reaparecer fuerzas enemigas, que le obligaron a destacar una parte de sus tropas. «Yo, dice el mismo Freire, me dirijí para Arauco; i hallándome el día 5 (de marzo) a distancia de cinco leguas, observé que el enemigo había incendiado la plaza i todos los ranchos de paja de aquellas inmediaciones. Sin embargo, continué mi marcha hasta el río Carampangue, desde donde reconocí que todo estaba reducido a cenizas, sin que se presentase a la vista mas que una corta partida enemiga que había ido en retirada desde Colcura, en donde, por su precipitada fuga, dejó en el campo algunos animales.» En vez de continuar la persecución o de tratar de establecer una guarnición en aquellos lugares para atraerse a los numerosos dispersos que había dejado el enemigo, i que andaban vagando por los bosques, Freire dispuso la vuelta a Concepción, i llegaba a esta ciudad el 7 de marzo (25).

Aunque ese mismo día fué sorprendido en el distrito de Puchacai

(25) Oficio de Freire al ministerio de la guerra, Concepción, 13 de marzo de 1821.

un empecinado montonero realista llamado Juan Ignacio Chavez, cuyos secuaces pasaron a engrosar las fuerzas patriotas, i aunque éstas alcanzaron otras ventajas en varios puntos vecinos a la frontera, es lo cierto que Freire no habia sacado todo el fruto que debia esperarse de los grandes triunfos obtenidos. Benavídes i sus parciales, cuya destruccion parecia completa, i habria podido serlo en efecto, tuvieron tiempo para reponerse de sus quebrantos, para cometer nuevos atentados i para amenazar otra vez mas la tranquilidad de la frontera i de la República.

